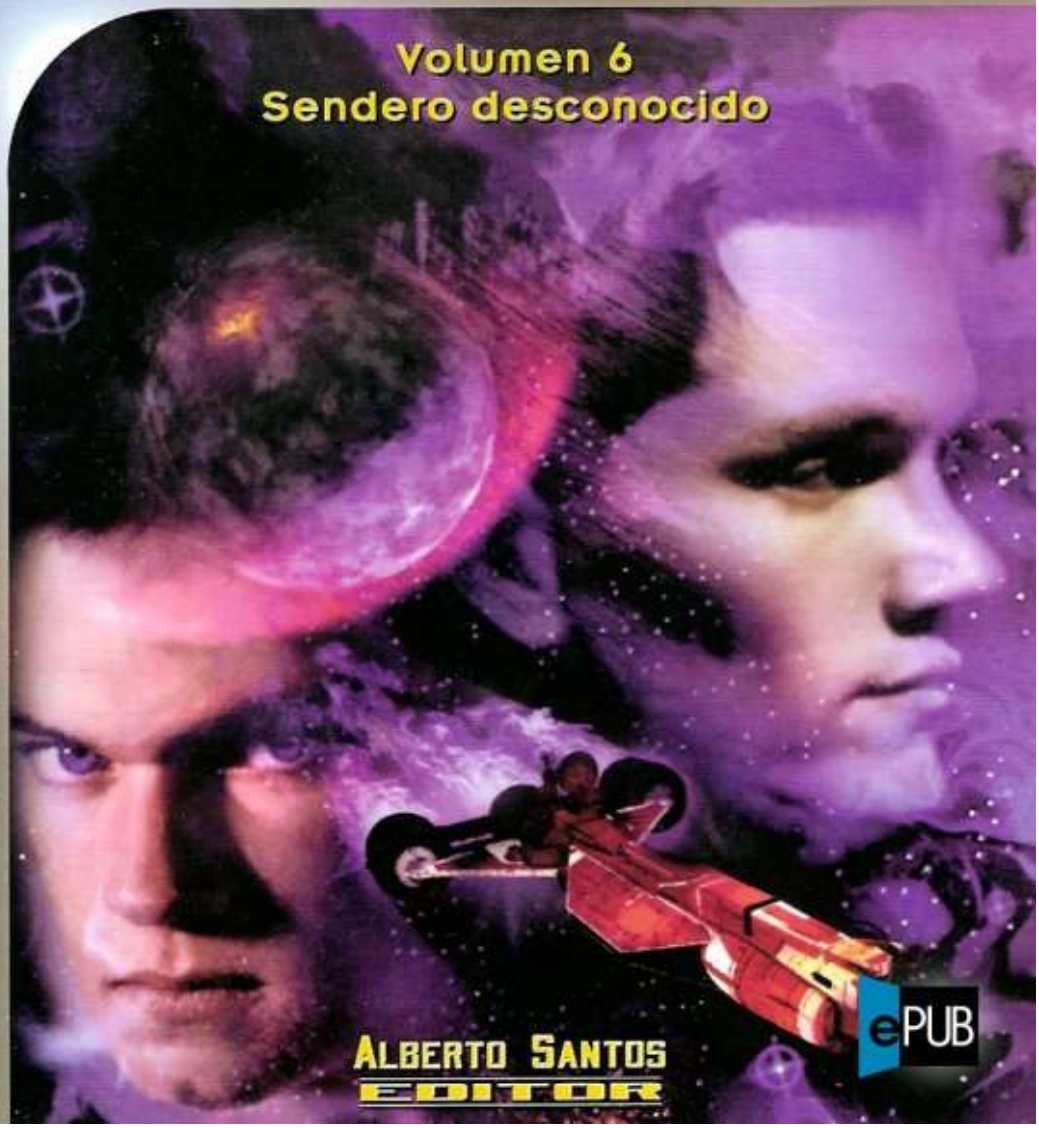
STAR WARS™

APRENDIZ DE JEDI

Volumen 6
Sendero desconocido

JUDE WATSON



LUCAS BOOKS

ALBERTO SANTOS
EDITOR

ePUB

La paz por encima de la ira

El honor por encima del odio

La Fuerza por encima del miedo

Obi-Wan Kenobi ha dejado de ser un Jedi y ha elegido formar parte de la revolución en el planeta Melida/Daan. Su Maestro, Qui-Gon Jinn, ha regresado a Coruscant para atender asuntos urgentes en el Templo Jedi.

Obi-Wan se siente cómodo con sus nuevos amigos, los líderes de la revolución. Juntos han conseguido mucho poder, tal vez demasiado.

Mientras la revolución continúa, los amigos se convierten en enemigos, y el sendero por el que camina Obi-Wan se va volviendo más desconocido.

Qui-Gon ya no está a su lado para ayudarle. Ahora, Obi-Wan está solo.

Aprendiz de Jedi 6

Sendero Desconocido

Jude Watson

Versión 1.1

05.07.13

Título original: *Jedi Apprentice: The Uncertain Path*

Autora: Jude Watson

Traducción: Pilar Pascual Fraile

Publicación del original: febrero 2000

44 años antes de la batalla de Yavin

Revisión: Meriba

Edición: Bodo-Baas, basado en la edición de LittleAngel para Epub Gratis

Base LSW v2.0

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Capítulo 1

Obi-Wan Kenobi deambulaba entre las tumbas que se alineaban en uno de los túneles construidos bajo la ciudad de Zehava. En la superficie se desarrollaba una batalla. Hasta él llegaba amortiguado el sonido de las explosiones, pero cada vez que Obi-Wan oía el débil zumbido de un torpedo de protones tenía que controlarse para no sentir escalofríos. Podía imaginar perfectamente lo que estaba ocurriendo. El enemigo tenía cazas de combate, y las fuerzas terrestres de los Jóvenes estaban siendo bombardeadas.

Alrededor de él y en medio de una oscuridad tenebrosa se erguían las sombras de otras tumbas. Los Jóvenes tenían instalados sus cuarteles en los túneles que recorrían el subsuelo de la ciudad, y habían elegido un mausoleo antiguo para que fuese su cuartel general.

—Obi-Wan, siéntate —le dijo su amiga Cerasi—. Me estás poniendo nerviosa.

En momentos de tensión, Cerasi siempre conservaba la calma. Nield, un chico alto y delgado de ojos oscuros, estaba más serio. Obi-Wan veía la preocupación reflejada en la expresión de sus caras. Ya ni se acordaba del tiempo que llevaban sin comer ni dormir. La lucha en la superficie duraba ya catorce días. Ahora estaban esperando noticias sobre lo que ocurría en el exterior, unas noticias que parecían no llegar nunca.

Los tres eran los líderes de los Jóvenes, que luchaban para pacificar el planeta Melida/Daan. Su guerra contra los Mayores era sólo otra batalla en la sangrienta historia del planeta. Melida/Daan sufría un conflicto que duraba ya siglos, y que enfrentaba a dos tribus, los Melida y los Daan, en una lucha para conseguir el poder. Los Jóvenes habían intentado conseguir una paz duradera, pero los Mayores no habían accedido a sus propuestas y, ahora, los Jóvenes luchaban contra ellos para intentar salvar su planeta.

Obi-Wan nunca había creído tanto en una causa y por eso había abandonado su formación de Jedi. Después de haber renunciado a ser el padawan del gran Caballero Jedi Qui-Gon Jinn, había vuelto para luchar en una batalla, gracias a la cual se instauraría la paz en un planeta que a él le resultaba extraño.

A veces no terminaba de creerse que hubiese tomado esa decisión, pero entonces miraba a sus amigos y recordaba por qué lo había hecho. No había tenido nunca unos amigos tan cercanos como Nield y Cerasi.

Los cristalinos ojos de Cerasi brillaban en su rostro, a pesar de que estaba cubierto de suciedad y sudor. La joven, para invitar a Obi-Wan a que se uniera a ellos, dio unas palmaditas en la parte superior de la tumba en la que estaba sentada con Nield.

—Estoy segura de que Mawat ya habrá conseguido despejar el túnel que va hacia el puerto espacial —aseguró Cerasi.

—Es su cometido —dijo Obi-Wan con preocupación mientras se sentaba—. Tenemos que sabotear los cazas cuando vayan a repostar. Es nuestra única esperanza.

Obi-Wan era el único que se había dado cuenta de que toda la flota de cazas había atacado a la vez. La población llevaba tanto tiempo luchando, que el armamento más sofisticado de Melida/Daan había sido destrozado varias veces y había sufrido constantes

reparaciones. Los cazas estaban viejos, necesitaban revisiones y tenían que repostar combustible continuamente. El error de los Mayores había sido decidir que toda la flota repostara al mismo tiempo.

Lo que significaba que eran vulnerables.

Obi-Wan había planeado invadir el puerto espacial con un equipo pequeño, en el momento en el que las naves estuviesen repostando. Mientras uno de ellos inutilizaba los transformadores de energía de los cazas, los demás vigilarían. Si eran descubiertos, su primer objetivo era distraer a los guardias.

Era arriesgado, pero si lo lograban se aseguraban la victoria. Recientemente, los Jóvenes habían recibido el apoyo de la Generación de Mediana Edad, que estaban dispuestos a formar parte de una alianza, siempre y cuando los Mayores estuvieran a punto de ser derrotados. Si los Jóvenes conseguían el apoyo de los pocos que quedaban de la Generación de Mediana Edad, los Mayores estarían en inferioridad numérica.

Mawat, el líder de los Jóvenes de los Basureros, estaba en esos momentos trabajando para abrir un túnel que les condujera hacia la zona inferior del puerto espacial. Desde allí podrían acceder al puerto abriendo un agujero en el suelo.

—Todo lo que necesitamos es hacer las cosas a la hora prevista, y un poco de suerte —dijo Cerasi.

Obi-Wan sonrió.

—¿Quién, nosotros? No necesitamos suerte.

—Todo el mundo necesita la suerte de su lado —refutó Nield.

—Nosotros no.

Cada uno extendió las manos hacia las de los demás, colocándolas muy cerca unas de otras, pero sin llegar a tocarse. Era un gesto que se habían acostumbrado a hacer antes de las numerosas batallas en las que habían participado durante las últimas semanas.

De repente, una chica menuda y delgada entró corriendo en la bóveda.

—Mawat dice que tenemos vía libre.

—Gracias, Roenni —dijo Obi-Wan mientras se ponía en pie de un salto—. ¿Estáis preparados?

Roenni asintió y cogió un par de cuchillas láser.

—Estoy preparada.

A Obi-Wan no le gustaba tener que involucrar de lleno a Roenni en la batalla. Era muy joven y no tenía experiencia luchando, pero su padre había sido mecánico de cazas. Había crecido rodeada de todo tipo de naves. Sabía utilizar las cuchillas láser y sabotear un convertidor de combustible. Además, Obi-Wan consideraba una ventaja el hecho de que fuese pequeña y ágil, pues eso le permitía deslizarse dentro de los cazas a través de la escotilla de carga. Con suerte, podría lograrlo sin que nadie la viera.

Obi-Wan, Nield, Cerasi y Roenni corrieron a través de los túneles. Cuando llegaron al pasadizo recién construido, debajo del puerto espacial, comenzaron a moverse con más cuidado. Estaban justo debajo de los guardias.

Mawat se acercó a ellos. Su cara delgada estaba completamente cubierta de barro y musgo, y se había desgarrado la ropa.

—Nos ha costado más de lo esperado porque hemos tenido que trabajar sin hacer mucho ruido —les comentó en un susurro—. Pero ya está. Desde aquí subiréis directamente hacia donde están los tanques de combustible. Hay tres cazas alineados cerca de ellos. Otros dos están situados cerca de la entrada. Además, hay dos androides y seis guardias, pero no se esperan que aparezcáis desde abajo.

Recuerda, padawan, cuando se está en inferioridad numérica, el factor sorpresa es tu mejor aliado.

Recordó la voz serena de Qui-Gon, y sus palabras, como un río de agua fría, se entremezclaron con los pensamientos de preocupación de Obi-Wan. El joven sintió remordimiento. Nunca había participado en una operación como aquélla sin su Maestro.

Obi-Wan convocó a la Fuerza; la necesitaría en esta batalla, pero la Fuerza, como si fuese una criatura marina que se acerca para luego desaparecer, se deslizó y se alejó de él. No podía retenerla, ni sumergirse en ella. Sólo podía acordarse de su enorme poder.

La Fuerza le había abandonado.

Abandonarte la Fuerza no puede. Constante ella es. Si encontrarla no puedes, en tu interior y no fuera deberás mirar.

Sí, Yoda, pensó Obi-Wan. *Debería mirar en mi interior, pero ¿cómo voy a hacerlo en mitad de una batalla?*

—¿Obi-Wan? —Cerasi le tocó en el hombro—. Vamos, es el momento.

Obi-Wan retiró con cuidado a un lado la reja que cubría la entrada de la cueva, alzó a Roenni y, después, subió él mismo. Cerasi subió con facilidad y sin ayuda de nadie gracias a su agilidad innata. Nield ascendió con dificultad, pero sin hacer ni un solo ruido.

El grupo se agachó detrás de los tanques de combustible. Los androides, que estaban muy ocupados en repostar los cazas en el menor tiempo posible, no se dieron cuenta de su presencia. Ni tampoco los guardias que, de espaldas a ellos, custodiaban la entrada del puerto espacial. Obi-Wan señaló con la cabeza hacia la primera nave. Roenni se deslizó hacia ella y se introdujo a través de la escotilla de carga.

Había sólo cinco cazas y estaban situados en fila. Con un poco de suerte, Roenni los sabotearía con rapidez y de forma sigilosa. El mayor problema sería acercarse a los dos últimos, que estaban situados más cerca de la entrada… y de los guardias.

Mientras Roenni iba de un caza a otro, Cerasi, Nield y Obi-Wan vigilaban tensos y con sus armas preparadas. Tras averiar el tercero, la chica asomó la cabeza por la escotilla e hizo un gesto al grupo. *¿Y ahora qué?*

Obi-Wan se agachó cerca de Nield y Cerasi.

—Iré con Roenni —susurró. No quería que la chica recorriera sola la explanada al descubierto—. Con suerte, los guardias no se darán la vuelta. Cubridnos.

Sus amigos asintieron. Obi-Wan se movió sigiloso entre los tres cazas y se mantuvo oculto a la vista de los androides. Llegó hasta donde estaba Roenni. Los ojos oscuros de la chica reflejaban miedo al mirar el espacio vacío que había entre ellos y las naves. Obi-

Wan la cogió por los hombros para transmitirle confianza, y ella, sintiéndose más segura, asintió. Salieron corriendo a toda velocidad y sin hacer ruido, dispuestos a cruzar el espacio vacío que les separaba de las naves.

Lo habrían logrado si no hubiese sido porque un androide golpeó sin querer un tanque de combustible vacío. El tanque comenzó a rodar por el suelo, provocando un gran estrépito, y fue a detenerse casi a sus pies. Uno de los guardias se dio la vuelta. Obi-Wan percibió la sorpresa que se reflejaba en su rostro al encontrarlos allí.

—¡Eh! —gritó.

En las décimas de segundo que el guardia había tardado en reaccionar, Obi-Wan ya había atacado. El joven dio un empujón a Roenni que la lanzó contra los cazas y, después, se dirigió hacia una pila de cajas de acero. Saltó sobre ellas y utilizó el impulso para caer sobre el guardia. Mientras oía pasar los disparos sobre su cabeza recordó con pesar su sable láser. Se lo había dado a Qui-Gon para que lo devolviese al Templo. Sólo los Jedi podían usarlo.

Obi-Wan saltó con los pies hacia delante y pudo ver cómo se le abría la boca al guardia en un gesto de sorpresa. El joven lo derribó y le quitó el arma.

El segundo guardia se volvió justo en el momento en el que su compañero caía al suelo. Obi-Wan ya se había colocado frente a él y le golpeó en la barbilla. El guardia cayó de espaldas y se golpeó la cabeza contra el duro suelo de piedra. Obi-Wan perdió el rifle láser y se retrasó en su huida. Nield y Cerasi, que ya corrían hacia él, dispararon contra los guardias.

Los cuatro que quedaban sintieron miedo, pues, aunque llevaban armaduras plásticas, sabían que no servían de nada contra los disparos láser. Nield y Cerasi corrían a la vez que disparaban. Obi-Wan, para protegerse, saltó detrás de unas cajas. Un segundo después, Nield y Cerasi se encontraban a su lado.

—Seguramente habrán pedido ayuda a través de sus comunicadores —dijo Cerasi con preocupación mientras apuntaba hacia los guardias, que se escondían detrás de un montón de deslizadores inutilizados. Uno intentó asomarse y la muchacha le disparó cerca de la cabeza.

Obi-Wan vio a Roenni, que les hacía gestos desesperados desde uno de los cazas.

—Tenemos que cubrir a Roenni —les dijo a los otros—. Seguid disparando.

Nield y Cerasi mantuvieron las ráfagas de disparos láser. Roenni bajó al suelo por la parte inferior de una de las naves y saltó al interior de la otra.

—La última —informó Obi-Wan.

De repente, dos guardias se separaron del resto, corrieron hacia los laterales del puerto espacial y se escondieron detrás de unas columnas.

—¡Están intentando rodearnos! —alertó Obi-Wan a Cerasi y Nield. Después, corrió hacia el otro extremo de las cajas para mantenerse a cubierto.

Roenni, que no se había dado cuenta de la maniobra de los guardias, saltó del último de los cazas. En ese momento, uno de los que estaban detrás de las columnas se movió

para disparar. Obi-Wan se dio cuenta de que había localizado a la chica y de que la estaba apuntando.

Obi-Wan llamó a la Fuerza con desesperación y esta vez notó cómo surgía a su alrededor. Extendió la mano, y el arma salió volando de entre los dedos del sorprendido guardia. El rifle flotó en el aire y, sin hacer daño a nadie, se incrustó en una pared.

Roenni se quedó de pie, paralizada por el miedo. Mientras Cerasi y Nield seguían disparando a los guardias, la chica corrió al lado de Obi-Wan, que, al mirarla, vio pánico en sus ojos.

—Estoy aquí —el joven la miró fijamente para intentar tranquilizarla—. No dejaré que te pase nada.

Los ojos oscuros de Roenni se mostraban más tranquilos. La confianza había vencido al miedo.

Cerasi y Nield no podían mantener a los guardias alejados durante más tiempo. Estaban en peligro. Obi-Wan señaló el barril vacío que el androide había derribado e intentó convocar a la Fuerza. Nada.

Nunca se va. Siempre ahí ella está.

Obi-Wan gruñó. *¿Tú crees eso de veras, Yoda? ¡Eso no funciona conmigo!*

Los disparos láser rebotaban en el fuselaje del caza que tenían sobre sus cabezas. Obi-Wan hizo que Roenni se agachara. Corrió hacia el barril con su cuerpo doblado sobre el de la muchacha. No era la mejor protección del mundo, pero tendría que servirles.

—Tenemos que gatear —le dijo a Roenni—. Mantente siempre detrás del barril.

Roenni empezó a gatear delante de él. Mientras, Obi-Wan empujaba el barril hacia Nield y Cerasi. Los disparos se incrustaban en el metal. Obi-Wan sentía cómo temblaba Roenni. Cuando llegaron a la pila de cajas metálicas, ella, aliviada, se deslizó detrás.

Obi-Wan hizo rodar el enorme barril hacia los guardias que tenía justo enfrente. El barril chocó contra sus rodillas y les hizo caer de espaldas sobre los guardias que estaban detrás de ellos. Así, la línea de fuego se interrumpió.

Los cuatro amigos aprovecharon esa ventaja y, sin dejar de disparar, empezaron a correr. Llegaron hasta los tanques de combustible, que les daban mayor seguridad. Cerasi, la más hábil de todos, empujó a Roenni para que bajara. Después descendió ella. Lanzando un último disparo, Nield la siguió. Obi-Wan lanzó un explosivo con dispositivo temporal y se deslizó a través de la trampilla.

—¡Corred! —gritó.

Todos se dirigieron a un lugar seguro y, entonces, los tanques explotaron y gran parte del hangar quedó destruido.

—Esto les mantendrá ocupados durante un tiempo —dijo Obi-Wan al resto.

Nield contactó con Mawat a través del comunicador.

—Ya está —dijo—. Los Mayores ya no tienen cazas. Puedes decírselo a los de la Generación de Mediana Edad.

La voz de Mawat resonaba en el comunicador. Aunque el sonido de la transmisión no era muy bueno, se podían escuchar claramente sus gritos de alegría.

—¡Creo que acabamos de ganar la guerra! —gritó.

Capítulo 2

El sable láser descendió y pasó a milímetros de él. Qui-Gon, sorprendido, se alejó de un salto. No sabía de dónde había venido el golpe. No estaba prestando atención.

Se dio la vuelta, levantando su propio sable láser, y adoptó una postura defensiva. Su oponente se detuvo y, después, se retorció para atacarle desde la izquierda. Sus armas se encontraron en el aire, zumbando. De repente, el enemigo hizo un movimiento con los pies y se apartó hacia la derecha. Qui-Gon no esperaba ese gesto y su intento por evitarlo llegó demasiado tarde. El sable láser le alcanzó en la muñeca. La quemadura que le produjo no era nada comparada con el enfado que sentía consigo mismo.

—Ronda tres ésta es —dijo Yoda desde uno de los lados—. Desde las esquinas opuestas aproximarte deberías.

Qui-Gon se secó la frente con una de sus mangas. Cuando accedió a formar parte de los ejercicios de entrenamiento de los estudiantes avanzados del Templo, no pensó que le resultaría tan agotador.

Cuando Bruck Chun hizo una reverencia y se retiró a su esquina, Qui-Gon escuchó el murmullo de los estudiantes que miraban el entrenamiento. Bruck estaba luchando mejor de lo que nadie esperaba. Y así lo había hecho en las seis rondas precedentes, contra seis oponentes distintos. Ésta era su última ronda.

Qui-Gon recordaba a Bruck de su última visita al Templo. El joven de pelo blanco había luchado contra Obi-Wan en una pelea larga y agotadora. Los dos chicos eran enemigos y habían luchado con la furia que les provocaba lo que sentían el uno por el otro, y con el deseo de agradar a Qui-Gon. Las habilidades de Obi-Wan habían impresionado al Maestro Jedi, pero la ira que emanaba del muchacho no le había gustado. Tras haber visto a Obi-Wan luchar así, Qui-Gon había decidido no hacerle su padawan.

¿Por qué no habría hecho caso de su intuición?

Qui-Gon fijó su atención en el presente. Tenía que concentrarse. Las habilidades de Bruck para la lucha habían mejorado sensiblemente. En teoría, el duelo debería haber sido fácil para Qui-Gon, pero éste comprobó que lo más difícil era luchar contra su distracción. Bruck le había sorprendido más de una vez. El chico luchaba con fuerza y sin cansarse, y era rápido a la hora de aprovechar los lapsos de concentración de Qui-Gon.

Bruck daba vueltas frente a él con su sable láser en una posición defensiva. Los sables de entrenamiento tenían poca potencia. Un golpe podía dejar una señal, pero no provocar una herida. Había obstáculos esparcidos por el suelo para dificultar los movimientos de los contrincantes. Las luces estaban también atenuadas para añadir aún más dificultad al ejercicio. El que golpeara a su rival en el cuello ganaría el combate.

Qui-Gon esperó paciente el siguiente movimiento de Bruck, que empezó a deslizarse hacia la izquierda. Qui-Gon notó que el joven aprendiz agarraba con fuerza su sable láser. La impaciencia era el punto débil de Bruck, exactamente igual que el de Obi-Wan…

¿La impaciencia de Obi-Wan le estaría creando problemas de nuevo en el peligroso mundo de Melida/Daan?

Qui-Gon vio demasiado tarde el resplandor del sable láser de su adversario. Bruck había utilizado una estrategia simple, algo que nunca debería haberle confundido. Había cambiado de dirección. El golpe llegó cuando Bruck saltó en el aire y giró para caer sobre el lado contrario de Qui-Gon. No le acertó en el cuello por muy poco. Qui-Gon se dio la vuelta y sintió el golpe en su hombro. Se quedó parado, de pie, y escuchó los murmullos de los muchachos que estaban presenciando el ejercicio.

Ya era suficiente. Estaba cansado de su propia falta de atención. Tenía que concentrarse.

A pesar de sus traspiés, Qui-Gon dejó que su cuerpo se relajara y confundió a Bruck. El chico se le acercó demasiado rápido y perdió el equilibrio. Qui-Gon le esquivó y le atacó. Bruck, sorprendido, dio un paso tambaleante hacia atrás y enfiló hacia Qui-Gon con su sable en alto. Otro error. El siguiente golpe de Qui-Gon se desplomó contra el sable de su adversario, que estuvo a punto de dejar caer su arma.

Qui-Gon aprovechó la ventaja y atacó. Ahora con un sable láser que era un mero reflejo en la tenue luz. Se movió con rapidez y giró para arremeter contra Bruck, primero desde un lado y después desde otro distinto. Qui-Gon arrinconó al muchacho. Ahora, el murmullo de los espectadores eran alabanzas sobre las habilidades del Maestro Jedi. Qui-Gon no quería prestarles atención. Una batalla no acaba hasta que se da el golpe final.

Bruck intentó un último asalto, pero estaba cansado. No hubiera sido difícil para Qui-Gon hacer que el arma de Bruck se le cayera de las manos, y rozar ligeramente con la punta del sable el cuello del chaval.

—Punto final éste es —anunció Yoda.

Los dos intercambiaron reverencias y el habitual contacto visual. Al final de cada ejercicio, cada Jedi, perdiera o ganara, mostraba respeto a su adversario y gratitud por la lección. Qui-Gon había participado en muchos ejercicios. A veces, los estudiantes no podían controlar su frustración y la demostraban en la reverencia.

Pero Qui-Gon sólo encontró respeto en la mirada fija de Bruck. Había realizado progresos.

Y, sin embargo, notó otros sentimientos. Curiosidad. Deseo.

Bruck cumpliría trece años en unos pocos días y nadie le había elegido aún para que fuese su padawan. El tiempo se le acababa. Probablemente, el joven se estaba preguntando si Qui-Gon contaría con él.

Todos se lo preguntaban. Qui-Gon lo sabía. Los profesores, los estudiantes e incluso el Consejo. ¿Por qué había vuelto el Maestro Jedi al Templo? ¿Había venido en busca de otro aprendiz?

Qui-Gon volvió la cabeza ante la expectación que brillaba en los ojos de Bruck. Nunca volvería a tener un padawan.

El Maestro Jedi se metió el sable láser en el cinturón. Bruck dejó el suyo en el armario, donde los estudiantes avanzados dejaban las armas después de los entrenamientos. Qui-Gon se dirigió rápidamente hacia los vestuarios y activó la puerta que conducía a la Estancia de las Mil Fuentes.

Notó aliviado el aire frío. En los enormes jardines siempre se percibía un ambiente refrescante. La sombra de los árboles y el sonido del agua al caer calmaban las almas agitadas. Podía oír el leve sonido del agua al fluir de las pequeñas fuentes y el agradable retumbar de las cataratas que estaban distribuidas entre los caminos. Qui-Gon siempre encontraba la paz interior en los jardines. Tenía la esperanza de poder calmar allí su corazón herido.

En el Templo se respetaba mucho la intimidad. Nadie le había formulado preguntas desde que llegó. Sin embargo, sabía que la curiosidad flotaba en todos los rincones, igual que las fuentes manaban escondidas entre los jardines. Los estudiantes y los profesores querían saber la respuesta a una única pregunta: ¿Qué había pasado entre él y su padawan, Obi-Wan Kenobi?

Si alguien se lo preguntaba, ¿sería capaz de contestarle? Qui-Gon suspiró. La situación estaba llena de motivos oscuros y senderos desconocidos. ¿Habría juzgado mal a su padawan? ¿Había sido demasiado severo con Obi-Wan? ¿O quizás demasiado permisivo?

Qui-Gon desconocía la respuesta. Sólo sabía que Obi-Wan había tomado una decisión sorprendente e inesperada. Había renunciado a su formación de Jedi como si se desprendiera de una túnica vieja.

—Preocupado estás si los jardines buscas —dijo Yoda a su espalda.

Qui-Gon se dio la vuelta.

—No estoy preocupado, sólo acalorado tras la pelea.

Yoda asintió ligeramente. No solía insistir si notaba que un Jedi eludía un tema. Qui-Gon también lo sabía.

—Evitándome has estado —remarcó Yoda, que se había sentado en un banco de piedra cercano a una fuente que caía sobre pequeñas piedrecitas blancas. El ruido del agua era casi musical.

—He estado cuidando de Tahl —respondió Qui-Gon.

Tahl era la Maestra Jedi que Qui-Gon y Obi-Wan habían rescatado de Melida/Daan. Había sido cegada en un ataque y después retenida como prisionera de guerra.

Yoda volvió a asentir ligeramente.

—Mejores cuidadores que tú en el Templo tenemos —dijo—. Y necesitada de un cuidado constante ella no está. Creo que con agrado no lo recibe.

Qui-Gon no pudo reprimir una leve sonrisa. Era verdad. Tahl casi se había sentido incómoda con la atención que le prestaban. No le gustaba que estuviesen tan pendientes de ella.

—De tu corazón momento de hablar es —dijo Yoda suavemente—. Del pasado hablar.

Con un fuerte suspiro, Qui-Gon se sentó en el banco al lado de Yoda. No tenía ganas de abrir su corazón. Sin embargo, Yoda tenía derecho a saber qué había pasado.

—Se quedó allí —dijo Qui-Gon simplemente—. Me dijo que había encontrado algo en Melida/Daan que era más importante que su entrenamiento para convertirse en un

Jedi. La mañana del día que debíamos marcharnos, los Mayores atacaron a los Jóvenes. Tenían cazas y armas. Los Jóvenes estaban desorganizados y necesitaban ayuda.

—Y, sin embargo, allí no permaneciste.

—Mis órdenes eran volver al Templo con Tahl.

Yoda se echó hacia atrás sorprendido.

—¿Las órdenes ésas eran? Una cuestión del Consejo era. Y tú siempre dispuesto a ignorar mi consejo estás, si para tus planes bien viene.

Qui-Gon se sorprendió. Obi-Wan le había espetado casi las mismas palabras unos días antes en Melida/Daan.

—¿Me estás diciendo que debería haberme quedado? —preguntó irritado Qui-Gon—. ¿Y qué hubiese pasado si Tahl hubiese muerto?

Yoda suspiró.

—Una decisión difícil era, Qui-Gon. Sin embargo, a tu padawan dispuesto estás a culpar. A elegir al chico obligaste: el entrenamiento para un Jedi abandona, o los chicos morirán y los amigos traicionados serán. A pesar de que lo que hay en el corazón de un chico no entendiste, yo sí lo hice.

Qui-Gon le miró sorprendido. No esperaba el reproche.

—Como estudiante impulsivo eras —continuó Yoda—. Por el corazón muchas veces estabas movido. Y muchas veces también equivocado estabas. Eso yo recuerdo.

—Yo nunca hubiese abandonado mi formación de Jedi —dijo Qui-Gon con rabia.

—Verdad eso es —contestó Yoda, asintiendo para mostrar su acuerdo—. Compromiso tenías y absoluto era. ¿Eso significa que como tú no lo cuestionaste, otros no deberían? ¿Como tú deberían siempre ellos ser?

Qui-Gon se estiró en el banco. Las conversaciones con Yoda podían ser dolorosas. El Maestro Jedi siempre encontraba la manera de llegar hasta la herida más profunda.

—Así que debería haber permitido que tomara sus propias decisiones incorrectas —dijo Qui-Gon encogiéndose de hombros—. Dejarle que luchara en una guerra que no puede ganar. Dejar que se quedara y que viera una masacre. Tendrá suerte si escapa de allí con vida.

—Ah, ya veo —los ojos de Yoda brillaron—. ¿Guiado por tus sentimientos tu predicción haces?

Qui-Gon negó ligeramente con la cabeza.

—Vi el desastre que había allí. Los Jóvenes no pueden ganar.

—Interesante —murmuró Yoda—. Ellos ganaron, Qui-Gon.

Qui-Gon se volvió hacia él, mirándole asombrado.

—Noticias hemos recibido —dijo Yoda con calma—. La guerra los Jóvenes han ganado. Un gobierno han formado. ¿La decisión de Obi-Wan entiendes ahora? Por una causa perdida no estaba luchando. En gobernante del planeta se ha convertido.

Escondiendo su sorpresa, Qui-Gon volvió la cabeza.

—Entonces está más loco de lo que yo pensaba —replicó fríamente.

Capítulo 3

Obi-Wan, sentado entre Nield y Cerasi, presidía una enorme mesa de conferencias. Los Jóvenes habían ocupado el bombardeado Edificio del Congreso Unificado de Melida/Daan, que sólo había permanecido intacto los tres años durante los cuales los Melida y los Daan habían intentado gobernar juntos. Después, la guerra había vuelto a estallar.

Los Jóvenes habían tomado el lugar como un gesto simbólico de unidad, ya que, sin duda, podían haber elegido sitios mucho más acogedores. Habían intentado limpiar un poco los escombros, pero no habían podido retirar los restos de las vigas y las columnas principales. Los cristales de las ventanas estaban rotos y faltaba más de la mitad del techo.

Obi-Wan tenía frío y estaba mojado e incómodo, pero se sentía emocionado de poder estar allí para formar un nuevo gobierno. Los días eran largos y difíciles, pero él nunca se sentía cansado. Había muchas cosas en las que pensar y quedaban muchas por hacer.

Los Jóvenes habían ganado la guerra, pero el trabajo difícil acababa de empezar. Lo primero que tenían que conseguir era ponerse todos de acuerdo. Antes de la victoria, todos los Jóvenes querían sólo la paz, pero ahora, cuando había que tomar decisiones importantes, surgían opiniones distintas sobre cada una de ellas y abundaban las discusiones.

La ciudad de Zehava estaba en ruinas. Mucha gente no tenía calefacción, la comida era escasa, los hospitales necesitaban medicinas y había poco combustible para los vehículos. Pero el problema principal era la gran cantidad de armas que aún estaba en poder de los ciudadanos, ya que la mayoría de ellos eran todavía soldados. Los conflictos se multiplicaban rápidamente y una pequeña discusión podía acabar en un enfrentamiento armado.

Los Jóvenes eran mayoría en Melida/Daan, especialmente desde que se les habían sumado los de la Generación de Mediana Edad. Había resultado muy fácil elegir a Nield como gobernante principal de forma temporal. Para ayudarle, se había constituido un Consejo de diez miembros, del que Obi-Wan, al igual que Mawat y otros líderes de los Jóvenes, formaba parte. Cerasi mandaba en el Consejo, y Nield, como gobernante, tenía derecho al voto, aunque estaba obligado a admitir cualquier propuesta que fuese aprobada por mayoría.

Nield y su Consejo habían empezado a trabajar inmediatamente y habían formado grupos para ocuparse de los diferentes problemas que tenía Zehava. Obi-Wan estaba al mando del Área de Seguridad, y su tarea era de las más complicadas, ya que se ocupaba de recoger las armas que todavía se encontraban en cada casa de la ciudad. Hasta nueva orden, sólo los miembros de los nuevos Cuerpos de Seguridad podían ir armados. El resto de la población estaba obligada a entregar sus armas para que fueran guardadas en el interior de un almacén hasta que la tensión desapareciese. A Obi-Wan no le extrañaba

que mucha gente no quisiera cooperar. Incluso alguno de los Jóvenes se mostraba reacio a dejar sus armas. Todos habían vivido una guerra durante demasiados años.

La política a seguir había sido el primer tema de discusión en el Consejo. Habían surgido discrepancias e incluso se había llegado a los gritos.

Cerasi se había enfrentado a todos. Se había puesto de pie en medio del edificio en ruinas y parecía haber mirado a todos los presentes uno por uno.

—La paz no es sólo un concepto para mí —había dicho—. Es vivir y poder respirar. Nunca volveré a coger un arma. He comprobado lo que se puede hacer con ellas. Si tengo un arma de destrucción en mi mano, tarde o temprano terminaré utilizándola. ¡No contribuiré a que haya un muerto más en Melida/Daan!

Después de un instante de silencio, los Jóvenes habían empezado a lanzar gritos de alegría. Cerasi se puso roja de felicidad y orgullo cuando vio que los chicos y las chicas se acercaban a la mesa del Consejo y dejaban allí sus armas. Se sintió muy orgullosa de ese momento.

—Primero, el orden del día —dijo Cerasi muy seria, leyéndole el pensamiento a Obi-Wan—. Veamos los progresos de cada Área. Nield, ¿comienzas tú?

Nield se puso de pie. Él estaba al mando del Área de la Nueva Historia, cuya misión era demoler los símbolos de odio y división en Zehava; es decir, los monumentos de guerra, las estatuas militares y las grandes Salas de la Evidencia, donde se conservaban los hologramas de los antiguos guerreros que contaban historias sangrientas y llenas de odio.

—Todos sabemos —comenzó a decir Nield con voz engolada— que la construcción de una nueva sociedad sólo es posible si se terminan las viejas rivalidades. ¡La frágil paz que hemos logrado no se puede mantener si los Melida y los Daan conservan lugares donde poder ir a alimentar el odio! ¡Creo que la destrucción de las Salas de la Evidencia debe ser nuestra prioridad!

Muchos de los asistentes demostraron su acuerdo con gritos de júbilo. Pero Taun, que era responsable del Área de Suministros y estaba encargado de hacer volver la luz y la calefacción a los edificios destruidos, que eran la mayoría en la ciudad, levantó la mano.

—La gente tiene frío y hambre —dijo—. ¿No es más importante ayudarles?

—Cuando tienen hambre y frío empiezan a culpar a los del otro bando —contestó Nield—. Es entonces cuando las personas empiezan a congregarse ante las Salas de la Evidencia. La gente preferirá arroparse con odio antes que con mantas.

—¿Y qué pasa con los hospitales? —dijo en voz alta Dor, un chico tranquilo—. Los enfermos no pueden esperar. Necesitan medicinas.

—¿Y los orfanatos? —dijo una voz—. No pueden atender el exceso de demanda.

—Yo creo que la prioridad debería ser reconstruir los edificios —comentó en voz alta Nena, la encargada del Área de Urbanismo—. Mucha gente ha perdido su casa durante la guerra.

De repente, Nield dio un golpe con la mano sobre la mesa que resonó con un chasquido seco y duro. El murmullo de conversaciones cesó.

—¡Todos esos problemas vienen de las guerras interminables! —gritó—. ¡Y las guerras interminables nacen del odio interminable! Lo primero que debemos destruir son los mausoleos. Eso hará que la gente recobre la esperanza. ¡La esperanza de que el pasado pueda ser enterrado igual que han sido enterrados los símbolos de nuestra división!

Se hizo el silencio en toda la sala. Todo el mundo miraba a Nield. Sus palabras tenían sentido.

—Sé que destruir los lugares de descanso de nuestros ancestros es pedir a la gente que sacrifique sus memorias —continuó Nield—. Por eso he elegido la Sala donde están mis ancestros para que sea la primera en ser demolida. Quiero recordar a mis padres como personas, ¡no como guerreros! Quiero recordarles con amor, ¡no con odio! Seguidme —pidió, echándose hacia delante sobre la mesa para que su voz llegara hasta cada rincón de la sala—. Dejad que os enseñe este gran gesto de unidad. ¿Estáis conmigo?

—¡Estamos contigo! —gritaron los Jóvenes.

Nield se incorporó y corrió hasta el centro del pasillo.

—¡Entonces, vamos!

Los chicos y las chicas saltaron y corrieron tras él gritando de júbilo. Sonriendo, Cerasi y Obi-Wan les siguieron.

—Nield siempre será capaz de mantenernos unidos —exclamó Cerasi con expresión de satisfacción en la cara.

La multitud siguió a Nield hasta el sector Daan, donde, en un gran lago azul, se encontraba situada una enorme Sala de la Evidencia. La estructura, negra y de poca altura, descansaba sobre una plataforma elevada y cubría casi la totalidad de la superficie del lago.

Los obreros que trabajaban en el Área de Nield ya estaban transportando los monumentos de piedra y los estaban colocando uno encima de otro formando pilas.

Tan pronto como llegaron, Mawat hizo un gesto para llamar la atención de Nield y le dijo en voz baja:

—Me encargué personalmente de que dejaran estos dos intactos. No sabía si querías conservarlos.

Obi-Wan les echó un vistazo. En uno de ellos brillaba el nombre de «Micae», junto a la fecha de nacimiento y muerte del guerrero. Cerca de él había otro con el nombre de «Leidra». Eran los padres de Nield.

Nield miró los monumentos de piedra.

—Estoy encantado de que los hayas salvado —murmuró a Mawat.

Obi-Wan miró sorprendido a Cerasi. ¿Habría cambiado Nield de opinión ahora que estaba cara a cara con el último recuerdo de sus padres?

Nield tocó la bola dorada que activaba el mecanismo. El holograma de su padre, vestido con una armadura y con un arma en la mano, apareció.

—Soy Micae, el hijo de Terandi de Garth, del País del Norte —comenzó a decir el holograma.

Nield se giró y activó el holograma de su madre, Leidra. Una mujer alta, con los mismos ojos oscuros de Nield, hizo acto de presencia.

—Soy Leidra, esposa de Micae, hija de Pei de Quadri —dijo la imagen.

Las dos voces se entremezclaron. Obi-Wan sólo podía entender palabras y frases sueltas acerca de batallas que habían sido libradas y ganadas, ancestros muertos y pueblos arrasados.

Nield agarró un taladrador de piedras. En ese momento la multitud ya se había congregado en torno a él. La mirada de Nield se mostraba serena cuando se volvió hacia el monumento de su padre.

—Yo era un niño cuando los malvados Melida invadieron Garth y se llevaron a mi pueblo al campo —estaba diciendo Micae—. Entonces…

Nield se dirigió hacia el monumento con el taladrador en la mano y lo destrozó. El holograma se disolvió en pequeños fragmentos brillantes y luego desapareció.

Sólo se oía la voz de la madre de Nield.

—Y a mi hijo Nield, mi tesoro, mi esperanza, le dejo todo mi amor y mi odio inmortal hacia los malvados Melida…

La voz de Leidra dejó de oírse tan pronto como Nield empezó a destrozar el monumento de piedra. El holograma se hizo más difuso y luego se disolvió. El duro sonido del taladro resonaba en el aire. Pequeñas piedras y chispas saltaban y herían los brazos de Nield, pero él no parecía notarlas. Siguió trabajando hasta que los monumentos de sus padres quedaron reducidos a pequeños fragmentos de piedra esparcidos por el suelo.

—Ahora sí que se han ido para siempre —susurró Cerasi.

Obi-Wan vio que a Cerasi se le escapaba una lágrima.

Nield se volvió y se secó el sudor de la frente con el antebrazo. La sangre de las heridas se mezcló con el polvo que cubría su cara. Se agachó para recoger uno de los trozos de piedra y lo levantó para que todos pudieran verlo.

—Lo que quede de estas piedras lo usaremos para construir nuevos edificios donde los Melida y los Daan puedan vivir en paz —gritó—. ¡Hoy ha nacido una nueva historia para este planeta!

Se escuchó un enorme rugido procedente de la multitud. Muchos corrieron al interior para ayudar a desmantelar el mausoleo; otros cogían piedras del suelo y lanzaban gritos de alegría.

Obi-Wan permaneció de pie al lado de Cerasi y Nield. Era un momento histórico. Y él había contribuido a que tuviese lugar.

Ya no se arrepentía de haber dejado a Qui-Gon. Se sentía como en casa.

Capítulo 4

Qui-Gon se encontraba en sus dependencias cuando recibió un mensaje que requería su presencia inmediata ante el Consejo Jedi. Estaba casi seguro de que querían información sobre lo que le había ocurrido con Obi-Wan.

Se levantó suspirando. Había vuelto al Templo buscando paz y tranquilidad y, por el contrario, se le obligaba a revivir esa desagradable situación una y otra vez.

Sin embargo, no podía ignorar un llamamiento del Consejo. Ser un Jedi conllevaba reconocer que la sabiduría propia tiene límites, y que el Consejo está formado por los mejores Maestros Jedi, y también los más sabios. Si querían una explicación por parte de Qui-Gon, la tendrían.

El Jedi entró en la sala del Consejo. Era la habitación más grande de las situadas en una de las torres del Templo, y ocupaba la parte más alta. Por las ventanas, que se levantaban desde el suelo hasta el techo, se divisaban las cúpulas y las torres de Coruscant, que quedaban más abajo. El sol salía en esos momentos y teñía las nubes de un naranja intenso.

Qui-Gon se quedó de pie en medio de la habitación, hizo una reverencia respetuosa y esperó. ¿Por dónde empezarían? ¿Le preguntaría Mace Windu, cuyos ojos oscuros podían atravesarte como si de un carbón incandescente se tratara, por qué había dejado a un niño de trece años solo en medio de una guerra? ¿Comentaría Saessee Tiin que sus acciones estaban siempre motivadas por su carácter impulsivo? Había tenido que comparecer ante el Consejo más que el resto de los Caballeros Jedi. Podía casi adivinar lo que iba a decir cada uno.

Yoda fue el primero en hablar.

—Por un asunto de gran importancia te hemos llamado. Un secreto es. Una serie de robos hemos descubierto.

Qui-Gon se quedó paralizado por el asombro. No estaba preparado para esto.

—¿Aquí en el Templo?

Yoda asintió.

—Tener que hablar de esto siento. Lo robado son cosas que valor monetario no tienen. Y, sin embargo, los robos serios son, en contra del Código Jedi van.

—¿Cree el Consejo que uno de los estudiantes puede ser el responsable de estos hechos? —preguntó Qui-Gon frunciendo el ceño. Nunca se había oído un caso similar en el Templo.

—No lo sabemos —contestó Yoda.

—Si no es un estudiante —señaló Mace Windu—, entonces una fuerza extraña ha invadido el Templo. Cualquiera de las dos situaciones es intolerable. Y en cualquiera de los dos casos hay que investigar —puso sus finos y elegantes dedos juntos—. Por eso te hemos convocado, Qui-Gon. Necesitamos que lo investigues con discreción. No queremos alarmar a los estudiantes más jóvenes, ni que el ladrón se dé cuenta de que vamos tras él. Queremos que te hagas cargo de esta investigación.

—Con Tahl tú trabajarás —añadió Yoda—. Verdad es que ella ver no puede, pero destacables sus poderes son.

Qui-Gon asintió. Estaba de acuerdo con Yoda. La intuición y la inteligencia de Tahl eran reconocidas por todos.

—Puede que de momento los robos sean menores —advirtió Mace Windu—, pero un robo pequeño puede formar parte de otro mayor. En cualquier caso, la amenaza es real. Ocúpate de ello, Qui-Gon.

***

—Sí, ya lo sabía —le dijo Tahl a Qui-Gon cuando éste se dirigió a sus aposentos para comentarle la decisión del Consejo—. Yoda vino a verme esta mañana. Me despertó con la mala noticia. No es la mejor manera de comenzar el día.

Tahl esbozó una sonrisa irónica que Qui-Gon conocía perfectamente. Habían estado juntos durante su entrenamiento de Jedi en el Templo. Tahl siempre llamaba la atención. Era fuerte y bella, con la piel del color de la miel oscura y con unos ojos verdes y grandes. Tahl y su lengua afilada habían bajado los humos y habían desafiado a todos los que intentaban burlarse de ella, incluso cuando tenía seis años.

Ahora, cuando miraba sus ojos ciegos y la cicatriz blanca que le atravesaba la cara hasta la barbilla, el corazón de Qui-Gon se encogía de dolor. Aunque Tahl seguía siendo asombrosamente bella, le dolía ver las marcas que delataban su sufrimiento.

—He oído que los curanderos estuvieron ayer contigo —puntualizó Qui-Gon.

—Sí, ésa era otra de las razones por las que me visitó Yoda. Quería asegurarse de que estaba bien —dijo Tahl. Su media sonrisa volvió a asomar por un lado de su boca—. Ayer me dijeron que nunca recuperaría la vista.

La mala noticia hizo que Qui-Gon se fuera agachando lentamente hasta sentarse en una silla. Se alegraba de que Tahl no pudiera ver la expresión de dolor que había en su cara.

—Lo siento.

Él, como Tahl, había conservado la esperanza de que los curanderos de Coruscant fueran capaces de curar su ceguera.

Ella se encogió de hombros.

—Yoda vino a decirme que me necesitaba en esta investigación. Creo que nuestro amigo me ha encargado esto para mantenerme ocupada y que piense en otras cosas.

—Si no te apetece puedo buscar otro compañero —dijo Qui-Gon—. El Consejo lo entenderá.

Ella le dio una palmadita en la mano y buscó su tetera.

—No, Qui-Gon. Yoda, como siempre, tiene razón. Y si hay una amenaza sobre el Templo, quiero ayudar. Y ahora toma un té conmigo. —Tocó la tetera—. Todavía está caliente.

—Déjame ayudarte —dijo Qui-Gon rápidamente.

—No —contestó Tahl cortante—. Tengo que hacer las cosas por mí misma. Si vamos a trabajar juntos espero que lo comprendas.

Qui-Gon asintió y después se dio cuenta de que Tahl no podía verle. Tenía que acostumbrarse a esta nueva Tahl. Puede que hubiese perdido la vista, pero su percepción era más fuerte que nunca.

—De acuerdo —accedió Qui-Gon—. Me apetece un té.

Tahl cogió una taza.

—¿Sabes lo que he estado haciendo estas últimas semanas? Ejercicios de entrenamiento. Estoy trabajando con los Maestros para desarrollar mi sentido del oído, del tacto y del olfato. Ya he hecho algunos avances importantes. No tenía ni idea de lo fino que era mi oído.

—Y yo que pensaba que lo único afilado que tenías era la lengua —dijo Qui-Gon.

Ella se rió mientras cogía la taza con una mano y empezaba a servir el té.

—Yoda tenía preparada una sorpresa para mí. Una sorpresa inesperada, debo decir, pero no se lo cuentes. Él…

—¡Un centímetro a la izquierda!

La voz musical se escuchó de repente detrás de ellos. Sorprendida, Tahl derramó el té sobre su muñeca.

—¡Estrellas y galaxias! —gritó.

Qui-Gon le acercó una servilleta. Se dio la vuelta y vio que había un androide en la habitación. Llevaba el traje plateado de los androides de protocolo, pero Qui-Gon se fijó en que estaba equipado con otros accesorios complementarios. Tenía extra sensores en la cabeza y sus brazos eran más largos. Se acercó y cogió la taza de Tahl.

—Ves, Maestra Tahl, has derramado el té —dijo el androide.

—Ha sido porque tú me asustaste, montón de latas reciclado —escupió Tahl—. Y no me llames Maestra Tahl.

—Sí, por supuesto, señor —contestó el androide.

—No soy un señor, soy una mujer. ¿Quién es el ciego?

Qui-Gon trató de aguantarse la risa.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando al androide.

—Descubre cuál era la sorpresa de Yoda —dijo Tahl sonriente—. 2JTJ, pero llámale DosJota. Es un androide de navegación personal. Se supone que me ayudará con las tareas personales hasta que pueda valerme por mí misma. Me avisa de los obstáculos y puedo programarle para que me lleve a cualquier sitio.

—Parece una buena idea —señaló Qui-Gon viendo cómo DosJota limpiaba eficazmente el té que se había derramado.

—Preferiría andar sola por espacios cerrados —protestó Tahl—. Fue idea de Yoda, pero no estoy acostumbrada a tener compañía constantemente. Ni siquiera tuve nunca un padawan.

Cuando Tahl comenzó a tomar el té, Qui-Gon dio un sorbo al suyo. Él tampoco había querido otro padawan después de perder al primero, Xánatos, que había destruido todos los lazos de honor y lealtad que había entre ellos. Estar solo le había gustado. Así sólo tenía que responsabilizarse de sus actos. Pero, después de aquello, Obi-Wan había irrumpido en su vida y, con el tiempo, se había habituado a tenerle a su lado.

—Lo siento, Qui-Gon —dijo Tahl amablemente—. Fue una observación desafortunada. Sé que echas de menos a Obi-Wan.

Qui-Gon bajó su taza con cuidado.

—Ya que no quieres que te ayude a servir el té —dijo—, ¿puedo pedirte que no me digas cómo me siento?

—Bueno, a lo mejor no sabes que le echas de menos —dijo Tahl—. Pero es así.

Enfadado, Qui-Gon se puso de pie.

—¿Ya has olvidado lo que hizo? Robó un caza para derribar las torres deflectantes. ¡Si le hubiesen alcanzado tú habrías muerto en Melida/Daan!

—Ah, así que tienes una nueva habilidad. Puedes ver las cosas que habrían sucedido. Nos vendrá bien.

Qui-Gon empezó a dar vueltas alrededor de ella.

—Si no le hubiésemos detenido, lo habría robado otra vez.

Nos habría dejado tirados en ese planeta sin un medio de transporte para huir.

Tahl empujó la silla de Qui-Gon con el pie.

—Siéntate, Qui-Gon. No te veo, pero me estás poniendo nerviosa. Si yo no culpo a Obi-Wan, ¿por qué tienes que culparle tú? Estás hablando de mi vida.

Qui-Gon no se sentó, pero dejó de andar. Tahl buscaba en su cabeza razonamientos para aplacar su estado de ánimo.

—Recibió una llamada fuerte —dijo en un tono amable—. Tú te fuiste por un lado y él por otro. Creo que eres el único que continúa culpando al chaval. Es sólo un niño, Qui-Gon. Recuérdalo.

Qui-Gon permanecía en silencio. Estaba discutiendo otra vez sobre Obi-Wan, y no quería hablar de ese tema con Tahl. Ni siquiera con Yoda. Ninguno sabía cuánto había puesto de su parte para enseñar al chaval en tan poco tiempo. Nadie sabía cuánto le había herido la decisión de Obi-Wan.

—Creo que debemos hablar de la investigación —dijo finalmente—. Ahora es nuestra principal preocupación. Estamos perdiendo el tiempo.

—Es verdad —dijo Tahl asintiendo—. Creo que el Consejo tiene razón. No podemos tomarnos este asunto a la ligera. Es peligroso.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Qui-Gon sentándose—. ¿Tienes alguna idea?

—Uno de los robos ocurrió en un área semi-restringida —señaló Tahl—. Faltan algunas grabaciones de estudiantes. Podemos mirar quién tiene acceso al registro del Templo. Cuando no sabes por dónde empezar, hay que arrancar por lo más obvio.

Capítulo 5

Obi-Wan se metió la pistola láser en el cinturón y comprobó que llevaba su espada vibradora. Le habían informado de que ciudadanos que se negaban a entregar sus armas estaban causando disturbios en el sector Melida.

Hasta que encontraran un lugar mejor, Cerasi, Nield y él vivían aún en las cavernas subterráneas. Además, no era un buen ejemplo tener una vivienda cuando tanta gente no tenía adonde ir. Obi-Wan se dirigió a la bóveda principal, donde le esperaban los integrantes del Área de Seguridad. Saludó con un gesto a Deila, su segunda al mando. Todos estaban preparados.

El grupo ascendió a través de un túnel utilizando una escalera de mano y salió a la calle. Habían andado sólo unos pocos metros, cuando Obi-Wan oyó unos pasos que corrían detrás de ellos. Se volvió y vio a Cerasi.

—He oído lo de los disturbios —dijo mientras se acercaba corriendo—. Voy con vosotros.

Obi-Wan negó con la cabeza.

—Cerasi, puede ser peligroso.

Sus ojos verdes emitieron un destello.

—Oh, ¿y la guerra que hemos librado no lo era?

—No llevas armas —le dijo Obi-Wan a la desesperada—. Puede que haya disparos.

—Relájate, Obi-Wan —dijo Cerasi enseñando un cinturón grueso que llevaba alrededor de la cintura—. Tengo mis trucos.

A pesar de su preocupación, Obi-Wan no pudo evitar sonreír. Cerasi llevaba encima una serie de «armas» de mentira. Eran los tirachinas que, al lanzar munición, sonaban como si fuesen disparos láser.

—De acuerdo —accedió Obi-Wan—, pero por una vez harás caso de mis órdenes.

—Sí, Capitán —bromeó Cerasi.

Era un día frío y su respiración se condensaba al entrar en contacto con el aire helado. Pasaron por una esquina donde algunos miembros del Área de la Nueva Historia estaban ocupados en desmantelar un monumento de guerra. Había un grupo de Mayores Melida mirando con expresión seria.

—He oído que hay quien piensa que vamos a erigir monumentos en nuestro honor —dijo Cerasi—. No espero sorprenderles. No habrá más monumentos conmemorativos de guerra en Melida/Daan.

—¿Estás segura? —preguntó Obi-Wan aparentando seriedad—. Puedo imaginarte en un pedestal con tu tirachinas en la mano.

Cerasi le dio un empujón con el hombro.

—Mírate, amigo —le sonrió—. No sabía que los Jedi teníais permiso para bromear.

—Claro que podemos —la cara de Obi-Wan enrojeció—. Quiero decir pueden —habló sin darle importancia, pero una sombra debía haber recorrido su cara, ya que la sonrisa de Cerasi desapareció de sus labios.

—Hiciste un gran sacrificio por nosotros —dijo ella con pena.

—Y mira lo que he recibido —contestó Obi-Wan, abriendo sus brazos para abarcar Zehava.

Cerasi estalló en risas.

—Sí. Una ciudad destruida, poca comida, nada de calefacción, una casa en un túnel, un trabajo que consiste en desarmar a fanáticos y…

—Amigos —concluyó Obi-Wan.

Cerasi sonrió.

—Amigos.

El enorme edificio de dos plantas donde estaban viviendo algunos de los alborotadores Melida parecía tranquilo bajo el cielo azul. Estaba intacto por su parte delantera, pero al rodearlo, lo que no se veía a primera vista estaba completamente destrozado. Habían intentado arreglarlo con una serie de tablas y planchas de plástico duro.

Obi-Wan se dio cuenta de que había algo extraño en la construcción. No había puerta trasera. Se lo comentó a Cerasi.

—Sólo una entrada que defender —dijo mirando hacia el techo—. Así no pueden ser atacados por sorpresa.

—No quiero sorprenderles —comentó Obi-Wan—. Quiero darles la oportunidad de dejar las armas. No entraré disparando.

Miró hacia la casa y dirigió la mano hacia el cinturón. Todavía le resultaba extraño no encontrar allí su sable láser.

—Necesitamos alguien que se quede vigilando en la calle —continuó Obi-Wan—. Serás tú.

Durante un instante, Cerasi estuvo a punto de protestar, pero después asintió y levantó la mano con la palma hacia afuera. Obi-Wan levantó la suya y la acercó todo lo que pudo sin llegar a tocarse.

—Buena suerte.

—No necesitamos suerte.

—Todo el mundo necesita suerte.

—Nosotros no.

Obi-Wan dobló la esquina seguido de una cuadrilla de seis chicos y chicas; los mejores luchadores que tenían los Jóvenes.

Llamó a la puerta. Oyó movimientos en el interior, pero no sucedió nada. Se acercó más a la puerta y gritó:

—Somos los Jóvenes del Área de Seguridad. El actual gobierno de Melida/Daan os obliga a abrirnos la puerta.

—Vuelve cuando tu voz haya cambiado —gritó alguien desde el interior.

Obi-Wan suspiró. Tenía la esperanza de que cooperarían. Asintió a Deila, su experta en explosivos, que colocó rápidamente unas cargas explosivas cerca del cerrojo de la puerta.

—Alejaos de la puerta —indicó a los que se hallaban al otro lado.

Los del Área de Seguridad ya lo habían hecho. Muchos Mayores Melida y Daan se negaban a abrir para demostrar que no reconocían su autoridad. Los explosivos eran una manera de demostrar quién mandaba sin causar daño a nadie, salvo a las puertas.

Deila indicó a sus compañeros que retrocedieran. Después, colocó la carga y saltó hacia atrás para unirse al resto.

Una explosión apagada resonó en el silencio. La puerta tembló. Deila se adelantó y la empujó con la punta del pie. La puerta cayó provocando un gran estruendo y los chicos del Área de Seguridad, comandados por Obi-Wan, entraron en el edificio.

Al principio, Obi-Wan no veía nada, pero, como no había olvidado su entrenamiento de Jedi, alejó de sí la necesidad urgente de ver y aceptó la oscuridad. En cuestión de segundos pudo distinguir sombras.

Sombras con armas…

Los Mayores Melida estaban de pie al final de un largo pasillo. Sus espaldas estaban apoyadas en una escalera que llevaba a los pisos superiores. Todos llevaban puestas sus armaduras y les apuntaban.

Obi-Wan adivinó en seguida cuál era el problema. Tenía que acabar con el enfrentamiento en ese momento. El grupo estaba muy cerca de la escalera. Se podían perder vidas si se veían obligados a perseguirlos escaleras arriba. Podía haber trampas en el camino. Y, como mínimo, sería peligroso ir tras los seis Mayores en el piso superior.

Uno de ellos habló:

—No reconocemos vuestra autoridad.

Obi-Wan reconoció la voz. Era la de Wehutti, el padre de Cerasi. La joven no le había visto desde hacía años. Obi-Wan se alegró de que la chica se hubiera quedado fuera.

—No importa que tú no la reconozcas —contestó Obi-Wan en un tono tranquilo—. La tenemos. Ganamos la guerra. Hemos formado un nuevo gobierno.

—¡No reconozco vuestro gobierno! —gritó con fuerza Wehutti.

Su mano firme sujetaba una pistola láser. Había perdido un brazo en una de las guerras anteriores, pero Obi-Wan sabía de primera mano que Wehutti era más peligroso con un brazo de lo que muchos guerreros podían serlo con los dos.

—¡Jóvenes locos! —continuó Wehutti con rudeza—. ¡Habláis de paz con las armas en la mano! No sois diferentes a nosotros. Os involucrasteis en la guerra para conseguir lo que queríais y sometéis a la gente para conservar lo que habéis ganado. Sois hipócritas e irracionales. ¿Por qué debemos doblegarnos ante vuestra autoridad?

Obi-Wan comenzó a avanzar. Su grupo le seguía.

—Tirad las armas o tendremos que arrestaros. Hemos pedido refuerzos.

Por lo menos esperaba que así fuese. Si las cosas se complicaban, lo habitual era que el último del grupo avisara al que vigilaba fuera para que pidiera más refuerzos. En ese momento, Cerasi ya tenía que haberse comunicado con Mawat.

—Si das otro paso, Jedi, abriré fuego —dijo Wehutti apuntando con su arma.

Antes de que Obi-Wan pudiera moverse empezaron a surgir disparos de láser desde lo alto de las escaleras. Obi-Wan se echó hacia atrás para esquivarlos, pero no pudo ver de dónde procedían.

Wehutti se echó también hacia atrás, lo que significaba que él tampoco lo sabía.

¡Cerasi! De alguna manera, la joven había subido al piso superior. Cerasi era una gimnasta ágil que no temía a nada. Había puesto en marcha una estrategia que ella llamaba «especial para tejados», y que consistía en saltar de un tejado a otro hasta llegar al edificio de destino. Una vez allí se introducía en él a través de una ventana.

Obi-Wan se aprovechó de la sorpresa de Wehutti y, con sus compañeros pisándole los talones, se abalanzó sobre el grupo. Saltó e hizo girar su cuerpo en el aire para, al caer, golpear con la empuñadura de su espada en la muñeca de Wehutti. Nadie podía aguantar semejante golpe, ni siquiera un hombre fuerte como Wehutti, que gritó y soltó su arma.

Obi-Wan la recogió del suelo y, cuando se dirigía a desarmar al siguiente Mayor, vio un reflejo de movimiento a su espalda. Era Cerasi, que saltaba desde la escalera al pasillo. La joven cayó con los pies por delante encima de un Melida. El hacha vibratoria del Melida cayó en el suelo y Deila la recogió.

En treinta segundos, el grupo entero estaba desarmado.

—Gracias por su cooperación —dijo Obi-Wan.

El muchacho había decidido que si los rebeldes eran desarmados sin perder una sola vida, no serían arrestados. Si tenían que arrestar a todos los que ofrecían resistencia, según había señalado Nield, no habría sitio suficiente para retenerlos.

—¡Maldigo a los locos Jóvenes que destruyen nuestra civilización! —exclamó Wehutti. Sus ojos verdes tenían el mismo color que los de Cerasi, pero su mirada estaba llena de odio.

La mirada de odio de su padre atravesó a Cerasi y la dejó clavada en el suelo. Él no la había reconocido con su abrigo marrón y su capucha.

Obi-Wan la cogió del brazo y ella le siguió al exterior. El aire frío refrescó sus mejillas coloradas.

—Deila, lleva las armas a los almacenes —ordenó Obi-Wan con una voz cansina—. Nos tomaremos un descanso.

Deila se despidió con la mano.

—Buen trabajo, jefe.

El resto del grupo siguió adelante. Cerasi caminó en silencio al lado de Obi-Wan durante unos minutos. El frío les había obligado a guardar las manos en los bolsillos de los abrigos para hacerlas entrar en calor.

—Lo siento, no pedí refuerzos —dijo Cerasi—. Pensé que podríamos arreglarnos solos.

—¿Sabías que Wehutti estaba allí? —preguntó Obi-Wan.

—No estaba segura, pero cuando oigo hablar de un grupo de disidentes Melida cabezotas y enfadados, pienso en mi padre inmediatamente.

Cerasi miró hacia arriba, buscando los primeros rayos de sol para que le calentaran la cara, la chica parecía serena, pero Obi-Wan había notado la triste amargura que se desprendía de su tono de voz.

—Está equivocado —admitió Obi-Wan con calma—, pero no conoce otra manera de vivir.

—Fue una estupidez pensar que esta guerra podía cambiarle —dijo Cerasi. Después se detuvo para coger un escombro que encontró en su camino. Lo arrogó sobre una pila que había en un lado del camino y volvió a meter la mano en el bolsillo—. Pensé que si sobrevivíamos a la última guerra en la que habíamos participado en Melida/Daan, terminaríamos reconciliándonos. Y es una estupidez.

—No lo es —dijo Obi-Wan con cuidado—. Puede que eso no haya sucedido todavía.

—Es curioso, Obi-Wan —comentó pensativa Cerasi—. No me faltaba nada durante la guerra. Mi deseo era alcanzar la paz y mis amigos, los Jóvenes. Ahora que hemos vencido me siento vacía. Nunca pensé que algún día echaría de menos a mi familia, pero ahora necesito agarrarme a algo tan fuerte como mi linaje.

Obi-Wan tragó saliva con dificultad. Cerasi le sorprendía constantemente. Cada vez que pensaba que la conocía bien, se despojaba de otra capa y aparecía una persona diferente. Él se había encontrado con una chica ruda y enfadada, que podía disparar y luchar casi con tanta habilidad como un Jedi. Después de la guerra había visto cómo surgía una idealista capaz de influir en la mente y en el corazón de los demás. Y ahora veía a una niña que sólo quería tener un hogar.

—Has conectado conmigo, Cerasi —dijo—. Me has cambiado. Nos apoyamos y nos protegemos. Eso es una familia, ¿no?

—Supongo.

Obi-Wan se detuvo y se volvió para mirarla.

—Cada uno seremos la familia del otro.

El joven levantó la mano. Esta vez, ella apretó su palma contra la de él.

Arreció el viento, que les cortaba a través de sus abrigos y les hacía temblar. Aun así, mantuvieron sus manos unidas. Obi-Wan podía sentir el calor de la piel de Cerasi. Casi podía sentir cómo corría la sangre por sus venas.

—Ya ves —dijo—. Yo también lo he perdido todo.

Capítulo 6

Una caja de herramientas para la unidad de mantenimiento. Ficheros holográficos y grabaciones de ordenador de todos los estudiantes cuyos nombres empiecen con las letras comprendidas entre la A y la H. Un traje de profesor de meditación. Un equipo de actividades deportivas de un estudiante de cuarto año.

Qui-Gon miró la lista. Era un compendio de objetos extraño. No tenían nada en común. Tahl y él habían partido de la base de que se trataba de robos de pequeña importancia. Esa era la respuesta más fácil. En algún lugar había un estudiante que parecería adaptado, pero que en el fondo ocultaba resentimiento o ira. Él o ella había atacado a los demás.

Pero, gracias a su larga experiencia vital, Qui-Gon había aprendido que normalmente las respuestas fáciles conducen a una pregunta más complicada.

Los ficheros holográficos de los estudiantes eran custodiados por el Maestro Jedi T'un, que llevaba mucho tiempo cumpliendo ese servicio. T'un tenía varios cientos de años y llevaba a cargo de las grabaciones del Templo desde hacía cincuenta. Cada año le ayudaban dos estudiantes que se ofrecían voluntarios, y a los que Tahl y Qui-Gon ya habían entrevistado. Los estudiantes se habían mostrado tranquilos y habían respondido de forma clara. Solamente T'un y otros miembros del Consejo tenían acceso a los ficheros privados. Los estudiantes nunca se quedaban a solas en la oficina de T'un.

El resultado habitual de su investigación era que cada cabo suelto les conducía a un callejón sin salida.

Sonaron unos golpes apresurados en la puerta de Qui-Gon. —Qui-Gon —dijo Tahl con suavidad—. Te necesito.

Él abrió la puerta.

—Malas noticias —dijo frunciendo el ceño—. Han saqueado las habitaciones de entrenamiento de los estudiantes avanzados, y han robado todos los sables láser.

La sorpresa le impidió responder con rapidez. El sable láser de Obi-Wan se encontraba en esa habitación. Qui-Gon lo había dejado allí. Una parte de él todavía conservaba la esperanza de que algún día Obi-Wan volviera y lo reclamara.

—Eso ya no es un robo sin importancia —dijo.

—Yoda ha acordonado la zona hasta que nosotros examinemos la habitación —explicó Tahl—. Date prisa, antes de que DosJota me encuentre.

Caminaron aprisa hasta el ascensor, que les llevó al piso de entrenamiento. Qui-Gon entró en la sala de vestuario. De repente, se detuvo y Tahl chocó contra su espalda.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Qué ves?

Qui-Gon no pudo responder inmediatamente y observó toda la estancia con el corazón dolorido. Las túnicas de entrenamiento habían sido reducidas a harapos, y los trozos estaban esparcidos por el suelo. Habían saltado los cerrojos de las taquillas y su contenido estaba esparcido por todas partes.

—Puedo sentirlo —dijo Tahl—. Rabia. Destrucción.

Tahl caminó a través del desorden, se agachó y cogió un trozo de tela.

—¿Y qué más?

—Un mensaje —contestó Qui-Gon—. Pintado en rojo en la pared.

Se lo leyó.

VENDRÁ, TU TIEMPO
PREPARADO DEBES ESTAR, PROBLEMAS YO TENDRÉ

—Se burlan de Yoda —dijo ella—. Sé que los estudiantes le imitan a veces. Incluso yo lo hago. Pero lo hacemos con cariño. Aquí hay odio, Qui-Gon.

—Sí.

—Tenemos que llegar al fondo de esta cuestión. Y los estudiantes tienen que saberlo. Hay que avisarles.

—Sí —coincidió Qui-Gon—. No podemos mantener esto en secreto durante más tiempo.

***

Se declaró la alerta de alta seguridad en el Templo. El Consejo tomó la decisión con reticencias porque convertía a los estudiantes en prisioneros, y los obligaba a llevar un pase para abandonar el Templo, pasear por los jardines o nadar en el lago. Todos tenían que dar cuentas de lo que hacían en cada minuto del día. Era por su propia protección, pero iba contra el espíritu del lugar. La filosofía del Templo decía que la disciplina no tenía que ser impuesta, y los controles de seguridad iban en contra de esa idea.

Pero Qui-Gon y Tahl habían insistido, y habían contado con el apoyo de Yoda. La seguridad de los alumnos estaba por encima de todo.

En el Templo se respiraba una atmósfera de desconfianza. Los estudiantes se miraban unos a otros con suspicacia. Todos estaban siendo llamados a realizar una entrevista con Qui-Gon y Tahl, y se miraban entre sí para descubrir cualquier signo delator. Sin embargo, nadie podía creer que un estudiante hubiese sido capaz de realizar un acto tan vandálico.

Bruck era uno de los estudiantes que pensaba así.

—Yo creo que no ha podido ser ninguno de los estudiantes avanzados —dijo tranquilamente a Tahl y a Qui-Gon cuando le llamaron para que hablase con ellos—. Nos han entrenado a todos juntos. No puedo imaginar por qué uno de nosotros querría perjudicar al Templo.

—Es difícil saber lo que hay en el corazón de otra persona —señaló Qui-Gon.

—Yo fui el último en salir anoche de las habitaciones de entrenamiento —dijo Bruck—. Y, por supuesto, sabréis que hace meses fui sancionado a causa de mi ira. He trabajado con Yoda y he realizado progresos, pero me imagino que todavía soy uno de los sospechosos.

Bruck miró directamente a los ojos de Qui-Gon.

—Aún no sospechamos de nadie —le aseguró Tahl—. ¿Viste algo extraño anoche? Piensa detenidamente.

Bruck cerró los ojos durante unos instantes.

—Nada —dijo finalmente—. Apagué las luces y me marché. Nunca cerramos con llave las habitaciones de entrenamiento. Cogí el turboascensor hasta el comedor y estuve allí con mis amigos hasta que me fui a la cama.

Qui-Gon asintió. Había comprobado con anterioridad la historia de Bruck.

Ni Tahl ni él sabían con precisión lo que estaban buscando. Sólo estaban recopilando información e intentando descubrir si los estudiantes habían visto algo fuera de lo normal, o incluso si habían visto algo que en su momento no les había parecido importante.

Despidieron a Bruck. Tahl, suspirando, se volvió hacia Qui-Gon.

—Creo que tiene razón. No puedo imaginar a uno de los estudiantes antiguos haciendo eso. Son Jedi.

Qui-Gon se pasó una mano por la frente.

—Y nadie ha visto a ningún estudiante que últimamente se haya mostrado enfadado o preocupado. Sólo lo habitual, un ejercicio que no sale muy bien, un desacuerdo por algún asunto nimio… —tamborileó sus dedos sobre la mesa, pensando—. Y, sin embargo, Bruck se enfadó una vez.

—Yoda dice que ha hecho progresos muy notables —dijo Tahl—. Bruck ha aprendido que su problema era tener tanta ira y ha admitido que haber sido el último estudiante en utilizar las habitaciones de entrenamiento le ha perjudicado. No percibí que tuviese malas intenciones. Un chico tan honesto no ha podido hacer eso.

—A menos que sea muy inteligente —señaló Qui-Gon.

—¿Sospechas de él?

—No —dijo Qui-Gon—. No sospecho de nadie, y de todos…

—¡Maestra Tahl! —DosJota apareció de repente en el quicio de la puerta de la sala de entrevistas—. Estoy aquí para llevarte al comedor.

Tahl apretó los dientes.

—Estoy ocupada.

—Es la hora de la cena —dijo DosJota con un tono musical.

—Puedo ir sola —se quejó Tahl.

—Está cinco niveles más abajo.

—¡Sé perfectamente dónde está!

—Tienes un cuaderno de datos a tu izquierda, a tres centímetros…

—¡Lo sé! ¡Y en un segundo estará volando por los aires en dirección a tu cabeza!

—Ya veo que estás ocupada. Volveré. —DosJota emitió unos pitidos de forma amistosa y se marchó.

Tahl se llevó las manos a la cara.

—Recuérdame que me haga con un par de vibrocortadores, ¿vale, Qui-Gon? Necesito desmontar a ese androide. —Tahl levantó la cabeza y dio un fuerte suspiro—. Esta

investigación va a acabar con los nervios de todos en el Templo. Siento una perturbación seria en la Fuerza.

—Yo también.

—Me temo que el causante de todo esto no es un estudiante. Creo que es un invasor. Alguien que nos odia. Alguien que quiere dividirnos y mantenernos ocupados.

—¿Un plan a largo plazo? ¿Eso es lo que temes?

Tahl se dio la vuelta y dirigió hacia él unos ojos dorados y esmeralda que reflejaban preocupación.

—Es lo que más miedo me da.

—A mí también —replicó con suavidad Qui-Gon.

Capítulo 7

Obi-Wan caminó exhausto por las calles de la ciudad. Llevaba tres días trabajando intensamente al frente del Área de Seguridad. Había resultado agotador, pero el resultado final había sido que barrios enteros de la ciudad habían quedado desarmados. Ya sólo quedaban unos pocos reductos aislados. La mayoría de las armas estaban guardadas en enormes almacenes bajo grandes medidas de seguridad. Era más seguro alejarlas de la ciudad hasta que el Consejo decidiese si había que destruirlas. Tendría que plantear esta cuestión en la próxima reunión.

Empezaban a caer unos ligeros copos de nieve de un cielo metálico. Era casi invierno y la gente necesitaba combustible para los meses que venían, pero todavía no habían hecho nada al respecto.

Nield se había limitado a reclutar cada vez más trabajadores para acabar con todos los mausoleos de la ciudad. Obi-Wan, que ahora se pasaba la mayor parte del tiempo en la calle, había notado el enfado de la gente. Las preocupaciones de la guerra habían cambiado por las que provocaba la supervivencia. Los Jóvenes no ayudaban a reconstruir los edificios ni a alimentar a las familias. El descontento crecía. La Generación de Mediana Edad les había ayudado a ganar la guerra, pero ahora apoyaban cada vez menos a los Jóvenes y, aunque eran menos numerosos, tenían mucha influencia. Los Jóvenes no podían perder su apoyo.

Tenemos que hacer algo, pensó Obi-Wan.

Vio un grupo de los Jóvenes de los Basureros que bajaban corriendo por una calle como si se dirigieran a un sitio a toda prisa. Obi-Wan llamó a uno de ellos.

—¡Joli!, ¿Qué pasa?

Un chico bajo y rechoncho se volvió.

—Mawat nos ha llamado —dijo—. Hoy van a derribar otra Sala de la Evidencia. La que está en la Calle de la Gloria, cerca de la plaza principal.

Cuando acabó de hablar corrió detrás de los otros.

Obi-Wan sintió un estremecimiento. En esa Sala de la Evidencia se guardaban los monumentos y los hologramas de los ancestros de Cerasi. El muchacho recordó lo preocupada que se había mostrado la joven por no tener una familia. Quizá debería avisarla de lo que iba a pasar.

Obi-Wan olvidó su debilidad y corrió hacia los túneles. Se deslizó por la cueva cercana al mausoleo y corrió hacia la bóveda. Cerasi estaba sentada en la tumba que los Jóvenes utilizaban como mesa de reunión.

—Ya lo he oído —dijo a Obi-Wan.

Obi-Wan redujo su paso a medida que se aproximaba a ella.

—Podemos pedirle a Nield que no lo haga.

Cerasi se retiró un mechón de pelo que le caía cerca de los ojos.

—Eso no sería justo, Obi-Wan.

El joven se sentó en una piedra cerca de ella.

—¿Cuándo fuiste por última vez a la Sala?

Cerasi suspiró.

—No me acuerdo. Antes de venir a vivir a los túneles… Hace tanto que ya ni puedo recordar la cara de mi madre. Su recuerdo se está desvaneciendo de mi memoria —se volvió hacia Obi-Wan—. Creo que Nield tiene razón. Odio las Salas de la Evidencia tanto como él, o por lo menos las odiaba; pero no odio a mi familia, Obi-Wan. Mi madre, mis tías, mis tíos, mis primos… Todos los que perdí están allí. Sus caras, sus voces… No tengo otra forma de recordarlos. Y no soy la única. Mucha gente en Melida/Daan no tiene nada con lo que recordar a sus seres queridos excepto esos mausoleos. Hemos bombardeado nuestras casas, las bibliotecas y los edificios públicos… No tenemos ningún recuerdo de los nacimientos, las bodas y las muertes. Si destruimos todos nuestros hologramas, nuestra historia se perderá para siempre. ¿Terminaremos echando de menos parte de lo que estamos destruyendo ahora?

Los ojos de Cerasi buscaron los suyos, pero él no tenía ninguna respuesta que ofrecerle.

—No estoy seguro —dijo poco a poco—. A lo mejor Nield está siendo demasiado estricto. Quizá los hologramas se puedan conservar de alguna manera. Tal vez en una bóveda a la que sólo se pueda acceder con un permiso. Así no estaríamos fomentando los valores de la guerra y de la violencia, pero los escolares podrían acceder a los monumentos, que conservarían la historia de Melida/Daan.

—Es una buena idea, Obi-Wan —dijo Cerasi muy contenta—. Es un compromiso. Y es algo que podemos ofrecer a la gente de Zehava.

—¿Por qué no convencemos a Nield para que detenga esto momentáneamente hasta que hayamos tomado una decisión?

La alegría desapareció de los ojos de Cerasi.

—No va a querer —dijo en un tono serio.

—El Consejo podría plantearse detener las actividades del grupo de Nield hasta que el tema se lleve a debate y se estudie más profundamente. Tenemos esa opción. Nield tendrá que hacernos caso.

Cerasi se mordió el labio.

—No creo que pueda hacerlo. No puedo oponerme a Nield oficialmente. Los Jóvenes se dividirían en dos bandos. Necesitamos estar juntos. Si los Jóvenes nos dividimos significará el fin de la paz en Melida/Daan. No puedo arriesgarme a llegar a eso.

—Cerasi, la ciudad se está desmoronando —dijo Obi-Wan con desesperación—. La gente quiere volver a su vida anterior. Ésa es la paz que quieren. Si Nield se ocupa sólo de la destrucción y no de la reconstrucción, la gente se levantará en su contra.

Cerasi dejó caer la cabeza entre las manos.

—¡No sé qué hacer!

De repente, Mawat entró en la habitación.

—¡Obi-Wan! —gritó—. ¡Te necesitamos!

El joven se puso de pie.

—¿Qué ocurre?

—Wehutti ha organizado a los Mayores para que protesten por la destrucción de la Sala de la Calle de la Gloria —dijo Mawat—. Se ha congregado una gran multitud de gente allí. Te necesitamos urgentemente para que autorices a los Jóvenes a coger las armas. ¡Tenemos que defender nuestro derecho a demoler los mausoleos!

Obi-Wan negó con la cabeza.

—No os voy a dar armas, Mawat. Si lo hago, la protesta acabará convirtiéndose en una masacre.

Mawat, en un gesto de frustración, se pasó las manos por su largo y rojizo pelo.

—¡Pero ahora estamos desarmados gracias a ti!

—Gracias a la decisión unánime del Consejo —intervino Cerasi—. Obi-Wan tiene razón.

Mawat se dio la vuelta disgustado.

—Gracias por nada.

—¡Espera, Mawat! —gritó Obi-Wan—. He dicho que no os voy a dar armas, pero no que no os vaya a ayudar.

Capítulo 8

El rumor se extendió rápidamente por todos los rincones del Templo. Se había detectado la presencia de un intruso en el recinto. Algunos aseguraban que había sido visto en el propio Templo. Los estudiantes más jóvenes estaban atemorizados, y los propios Caballeros Jedi mostraban su preocupación. El Templo se encontraba en situación de máxima alerta. ¿Cómo había logrado entrar? ¿Era el Templo vulnerable?

—La seguridad interna del Templo es muy severa —dijo Qui-Gon a Tahl durante una de sus investigaciones—, pero quizá deja mucho que desear si la amenaza viene del exterior.

Ambos caminaban por uno de los pasillos, llevando a DosJota a sus espaldas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tahl.

—Quiero decir que los sistemas de seguridad no están preparados para impedir que un intruso se introduzca en el Templo, si alguien, desde dentro, quiere que así sea. El sistema está programado suponiendo que ningún Jedi permitiría el acceso de una amenaza del exterior.

—Una rampa con una inclinación de quince grados a dos metros de distancia —informó DosJota.

Tahl se mostró enfadada durante un segundo, pero enseguida volvió a centrarse en el planteamiento de Qui-Gon.

—Ni siquiera sabemos con seguridad que hay un invasor —dijo, frustrada—. Hemos intentado llegar al fondo de los incidentes y ha sido imposible. Todo se sabe por alguien que ha oído la historia contada por algún otro, que, a su vez, ni siquiera recuerda quién se la ha contado a él…

—La huella de cualquier rumor, por propia naturaleza, es difícil de seguir —argumentó Qui-Gon—, puede que el invasor cuente con ello, o quizá quiere que creamos que se trata de una invasión desde el exterior.

A través del sistema de comunicación, una voz calmada y con un tono neutro dijo:

—Código catorce, código catorce.

—La señal de Yoda —dijo Tahl—. Ha ocurrido algo.

Los dos Jedi se dieron la vuelta. Tahl se agarró al brazo de Qui-Gon para poder avanzar más rápidamente.

—¡Maestra Tahl! ¡Por favor, camine más despacio! —dijo DosJota en un tono musical—. ¡No puedo seguirles!

—¡Piérdete! —le gritó Tahl por encima del hombro—. ¡Tenemos prisa!

—No me puedo perder, señor —contestó DosJota, apresurándose para seguirles—. Soy un androide de navegación.

Qui-Gon y Tahl aceleraron el paso y llegaron a una pequeña sala de conferencias, donde habían acordado encontrarse con Yoda para darle las últimas novedades. Era la sala más segura del Templo porque estaba equipada con un escáner que controlaba en todo momento varios dispositivos de seguimiento.

Cuando entraron en la sala de paredes blancas, Yoda ya les estaba esperando.

—Puerta a punto de cerrarse en unos dos segundos —dijo DosJota a Tahl.

—DosJota… —contestó Tahl a punto de perder la paciencia.

—Esperaré fuera, señor —se ofreció DosJota.

La puerta se deslizó a sus espaldas y se cerró. Yoda parecía preocupado.

—Malas noticias tengo —dijo—. Otro robo que informar. Los Cristales de Fuego Sanadores robados esta vez han sido.

—¿Los Cristales? —preguntó Qui-Gon asombrado—. Pero si se guardan con unas medidas de seguridad muy estrictas.

Tahl respiró con fuerza.

—¿Quién sabe lo que ha ocurrido?

—El Consejo solamente —dijo Yoda—. Pero qué esta noticia pronto se sepa nosotros tememos.

Cuando Qui-Gon pensaba que la situación no podía empeorar más, las cosas empezaban a ir peor. La gravedad de los robos iba en aumento. Ésa podía ser la clave.

Esa era la clave, pensó Qui-Gon. *No era una casualidad. Todo estaba planeado*.

Esta vez, el robo había golpeado directamente en el corazón del Templo. Los Cristales habían sido un tesoro Jedi durante miles de años. Se guardaban en una habitación de meditación a la que tenían acceso todos los estudiantes. La fuente de calor y de luz de esa habitación procedía de los propios Cristales, en el centro de cada uno de los cuales ardía una llama eterna.

Cuando los estudiantes se enteraran del robo perderían la confianza y dejarían de ver el Templo como un lugar inexpugnable. Su propia creencia en la Fuerza se tambalearía.

—Encontrar a quien hizo esto vosotros deberéis —dijo Yoda—. Pero algo más importante hay que descubrir.

—¿El qué, Yoda? —preguntó Tahl.

—Averiguar por qué debéis —dijo Yoda con preocupación—. En la semilla de nuestra destrucción me temo que el porqué se esconde.

Yoda se marchó de la habitación. Cuando hubo salido, la puerta se cerró.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Tahl a Qui-Gon.

—Por mi habitación —respondió Qui-Gon—. Tengo notas apuntadas en mi cuaderno. Y a partir de ahora llevaremos siempre con nosotros lo que escribamos. Si los Cristales son vulnerables, también lo somos nosotros.

Qui-Gon y Tahl entraron en la habitación. El Maestro Jedi temía que al llegar no encontraran el cuaderno, pero estaba en un cajón al lado de su cama, justo donde él lo había dejado. En el Templo no existían ni llaves ni cerrojos.

—Está bien —dijo—. Volvamos a…

Qui-Gon se detuvo a observar a Tahl. Era obvio que no le estaba escuchando. Se había quedado parada en medio de la habitación. Su rostro mostraba un gesto de gran concentración. Esperó para no interrumpirla.

—¿No lo hueles? —preguntó ella—. Alguien ha estado aquí, Qui-Gon. En la habitación se percibe la esencia de tu persona… y la de alguien más. Un invasor.

Qui-Gon miró a su alrededor. No habían tocado nada. Activó su cuaderno. Todas sus notas codificadas estaban allí. Las entrevistas con los estudiantes, los sistemas de seguridad. ¿Alguien podría haber descifrado el código y leerlas? Tampoco importaba mucho. No había anotado conclusiones, sólo hechos. Pero alguien había estado allí.

De repente, Qui-Gon se sintió muy satisfecho. Tahl notó su cambio de humor y se dio la vuelta. Cada vez era más extraordinario todo lo que podía percibir sin necesidad de verlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Acabas de encontrar la manera de capturar al ladrón —contestó Qui-Gon.

Capítulo 9

Obi-Wan, Cerasi y Mawat salieron de los túneles a una manzana de la Sala de la Evidencia. Obi-Wan había convocado allí a todos los miembros del Área de Seguridad. No quería utilizar la violencia, pero les ayudaría mostrar un poco las armas. Había que evitar la crisis a toda costa.

Pero era demasiado tarde, la crisis ya había comenzado.

Wehutti y los Mayores habían formado una cadena humana alrededor de la Sala. Estaban de pie, hombro con hombro, desafiando a Nield y a sus ayudantes.

Todo indicaba que Nield había comenzado la destrucción del mausoleo, pero los Mayores no le habían permitido acabar. Algunos monumentos medio destruidos estaban ya fuera de la Sala. Al otro lado de la cadena humana que cercaba el lugar se alineaban deslizadores aparcados, en los que se transportaban taladradores de piedra y otros equipos de demolición. Obviamente, Wehutti y los Mayores habían logrado colocarse entre Nield y sus instrumentos de trabajo.

Cerasi y Obi-Wan corrieron hasta situarse al lado de Nield.

—Miradlos —dijo Nield disgustado—. Protegen su odio con sus vidas.

—Tenemos problemas —dijo Obi-Wan.

—Gracias por la información —contestó Nield con sarcasmo. Después suspiró—. Mira, sé que tenemos problemas. ¿Por qué crees que estoy parado aquí sin hacer nada? Si los desalojamos por la fuerza será como volver al enfrentamiento armado, pero no podemos dejar que impongan su voluntad. Tenemos que destruir el mausoleo.

—¿Por qué? —preguntó Cerasi.

Nield movió la cabeza con fuerza.

—¿Qué quieres decir? Ya sabes por qué.

—Creí que lo sabía —le dijo Cerasi—, pero he cambiado de opinión, Nield. ¿Te parece una decisión acertada destruir los únicos lugares donde se guardan testimonios de nuestra historia?

—¡Una historia de muerte y destrucción!

—Sí —admitió Cerasi—. Pero ésa es nuestra historia.

Nield miró fijamente a Cerasi.

—No puedo creer lo que estoy oyendo —murmuró.

—Nield, hay que tener en cuenta lo que está pasando en Zehava —señaló Obi-Wan—. Cuando dije que teníamos problemas no me refería sólo a la destrucción de este mausoleo. Si insistes en utilizar la fuerza, la noticia correrá por toda la ciudad. La gente ya está descontenta con nosotros. Tienen frío y el invierno está cerca. Necesitan ver alguna señal de reconstrucción, no más destrucción.

Nield miraba a Cerasi y a Obi-Wan con desconcierto.

—¿Y qué hay de nuestros ideales? ¿Vamos a ceder tan pronto?

—¿Es que los acuerdos son malos? —preguntó Cerasi—. Civilizaciones enteras se han construido a partir de ellos —colocó la mano en el brazo de Nield—. Deja que Wehutti gane esta vez, Nield.

El muchacho negó con la cabeza con fuerza.

—No. ¿Desde cuándo te ha importado que derrotáramos a tu padre? ¡Durante la guerra no te importó! Disparaste a un montón de Mayores. ¡Le habrías matado si hubieses podido!

Las palabras de Nield parecieron golpear la cara de Cerasi, que volvió la cabeza.

—Nield, escucha —suplicó Obi-Wan—. Esto no tiene nada que ver con Wehutti. Todos queremos lo mejor para Zehava. Hay asuntos sobre los que hay que discutir. Deberíamos votar. ¿No adoptamos este sistema de gobierno por eso? Tú mismo querías tener un Consejo. No querías tener todo el poder en tus manos, ¿te acuerdas?

La mirada de Nield denotaba enfado.

—De acuerdo. No puedo oponerme a dos de vosotros.

Cerasi le miró con ojos de súplica.

—No nos oponemos a ti, Nield. Estamos todos juntos en esto.

Levantó la palma de su mano.

Nield la ignoró, volvió la cabeza y se fue. Hizo un gesto a sus trabajadores y, pasado un momento, todos le siguieron con una expresión de asombro en sus caras. Nunca habían visto a Nield abandonar.

Los Mayores lanzaron gritos de alegría. La voz fuerte de Wehutti retumbó entre las demás.

—¡Hemos ganado!

Cerasi miró a su padre con preocupación.

—Creo que he cometido un error. No debería haber discutido con Nield delante de ellos.

—Me temo que no teníamos otra opción —dijo Obi-Wan.

Al joven también le preocupaba la reacción de los Mayores. Sabía que Wehutti convertiría este percance en una gran victoria y la utilizaría en su beneficio.

De repente, Wehutti se dio la vuelta y miró por encima de las cabezas de la multitud, directamente hacia Cerasi. Sus ojos se encontraron. Obi-Wan vio la fuerza de la mirada que Wehutti le dirigía a su hija. La furia fue reemplazada por dulzura.

Así que tiene sentimientos, después de todo, pensó Obi-Wan. Por primera vez, el muchacho vislumbró una esperanza para que la tan ansiada reconciliación entre Cerasi y su padre se hiciera realidad.

Uno de los Mayores agarró el brazo de Wehutti, y éste se dio la vuelta bruscamente. Cerasi dejó escapar un leve suspiro.

—Nield dijo que para él sus padres eran algo más que guerreros —dijo—. Yo también lo siento así. Sé que mi padre está lleno de odio, pero quiero recordar que también había amor en él.

—Yo creo que ese amor todavía existe —dijo Obi-Wan.

—Eso es sagrado para mí —explicó ella—. Y eso significa que las memorias de los mausoleos son sagradas también —se dio la vuelta hacia Obi-Wan—. ¿Entiendes lo que quiero decir? ¿Hay algo que sea sagrado para ti?

Sin quererlo, una imagen vino a la cabeza de Obi-Wan. Vio el Templo Jedi recortado sobre el cielo azul y los edificios blancos de Coruscant, increíblemente alto y con reflejos dorados. Vio los largos y fríos pasillos, las habitaciones acogedoras, las fuentes y el lago, que era de un verde más intenso que los ojos de Cerasi. Sintió el mismo estremecimiento que cuando se sentaba frente a los Cristales de Fuego Sanadores y miraba su deslumbrante interior.

La emoción le embargó. Echaba de menos ser un Jedi.

Echaba de menos su seguridad y su conexión intensa con la Fuerza. Se lo estaba perdiendo. Era como si fuera otra vez un estudiante de primer año, consciente de que había algo que podía sentir, pero que todavía no podía controlar. Echaba de menos el sentido del propósito que tenía en el Templo, el sentido de que sabía exactamente hacia dónde iba y la alegría por haber elegido ese camino.

Y, por encima de todo, echaba de menos a Qui-Gon.

La conexión entre ambos había desaparecido. Obi-Wan podía volver al Templo. Sabía que Yoda le daría la bienvenida. El Consejo tenía autoridad para decidir si podía volver a ser un Jedi. Otros antes que él se habían marchado y luego habían regresado.

Lo que era seguro es que Qui-Gon no le aceptaría ni le recibiría bien. El Maestro Jedi había terminado su relación con él, y Obi-Wan sabía que tenía derecho a hacerlo. Una vez rota, esa profunda confianza no se podía recuperar.

Cerasi leyó en sus ojos lo que le estaba pasando.

—Le echas de menos.

—Sí.

Ella asintió, como si esa afirmación confirmara algo que llevaba tiempo pensando.

—No es algo vergonzoso, Obi-Wan. Puede que el destino te reserve algo mejor de lo que podemos ofrecerte aquí. Puede que tu destino sea llevar una vida diferente.

—Pero yo quiero a Melida/Daan —dijo Obi-Wan.

—Eso no tiene por qué cambiar. Sabes que podrías contactar con él.

Obi-Wan no tuvo que preguntar a quién se refería.

—Hiciste la elección correcta en un momento determinado —continuó Cerasi—. Por lo que tú me has contado de los Jedi, nadie va a culparte.

Obi-Wan miró a través de la plaza hacia el cielo gris, en el que empezaban a brillar algunas estrellas. Entre ellas se encontraban los planetas de la galaxia, y uno era Coruscant. Sólo estaba a una distancia de tres días con un transporte rápido. Una distancia que, sin embargo, era insalvable para él.

—Uno de ellos sí me culpará —contestó—. Siempre lo hará.

Capítulo 10

Tahl y Qui-Gon repasaron la relación de nombres. Cada estudiante, profesor o trabajador del Templo que tenía acceso a los objetos robados, y que no había estado durante esos días, fue eliminado de la lista principal. Los dos Jedi esperaban poder reducir un poco el grupo de personas que tenían que entrevistar.

El ordenador les mostró los nombres. Tras el recorte quedaban doscientos sesenta y siete.

Cuando el ordenador les mostró la cifra, Tahl se quejó.

—Nos llevará varios días entrevistar a tanta gente.

—Entonces es mejor que empecemos ya —dijo Qui-Gon.

Obtendrían una mínima ventaja si las entrevistas eran cortas, así que decidieron que cada una durara sólo cinco minutos. Con ese tiempo bastaba para que Tahl identificara la esencia que había olido en el cuarto de Qui-Gon.

Debido a la corta duración de las entrevistas, los estudiantes se cruzaban fuera de la sala. Los comentarios circulaban por todas partes. Los rumores sobre el robo de los Cristales se estaban extendiendo. Pronto hubo un grupo constante de estudiantes recorriendo los pasillos.

—¿Dónde está DosJota ahora que la necesito? —se quejó suavemente Tahl al final de una larga jornada de trabajo—. Alguien debería encargarse de mantener el orden ahí fuera.

—Ya casi hemos terminado —dijo Qui-Gon—. La próxima es Bant Eerin.

Llamaron suavemente y Qui-Gon activó la apertura. La puerta se deslizó.

Bant tenía solamente once años y era bajita para su edad. Era una chica calamariana, criada en un clima húmedo y lluvioso. Qui-Gon sabía que había sido una de las mejores amigas de Obi-Wan. Cuando se aproximó a la mesa donde estaban sentados Qui-Gon y Tahl se mostró nerviosa. ¿Tal vez demasiado?

Tahl no demostró sorpresa ni pareció alarmada, pero buscó y tocó la rodilla de Qui-Gon por debajo de la mesa.

Había reconocido el olor del invasor.

Qui-Gon volvió a mirar a la delgada chica. ¡Estaba seguro de que no podía ser el ladrón! Bant bajó involuntariamente la mirada, pero en seguida recordó su entrenamiento de Jedi y volvió a mirar al frente.

—Pareces incómoda —comenzó a decir Qui-Gon en un tono neutral—. Esto no es un tribunal de la Inquisición.

Bant asintió con dificultad.

—Pero entenderás que tras los robos tenemos que hablar con todos los estudiantes.

Ella volvió a asentir.

—¿Podemos registrar tu habitación?

—Po… por supuesto —contestó Bant.

—¿Has infringido alguna vez las normas de seguridad del Templo?

—No —dijo Bant con una voz levemente temblorosa.

Tahl se acercó a Qui-Gon para hablarle al oído.

—Te tiene miedo.

Sí, Qui-Gon también lo había notado. ¿Por qué le tenía miedo?

—¿Por qué me tienes miedo? —preguntó Qui-Gon directamente.

Bant tragó saliva.

—Po… porque eres Qui-Gon Jinn. Te llevaste a Obi-Wan. Él sólo quería ser tu padawan, y ahora ha dejado de ser un Jedi. Me pregunto…

—¿Qué? —preguntó Qui-Gon.

—¿Q… qué le hiciste? —susurró ella.

—Esta chica es inocente —dijo Tahl.

—Lo sé —contestó Qui-Gon con voz enérgica.

—No sabía lo que decía —continuó Tahl—. Que Obi-Wan renunciara a ser un Jedi no es culpa tuya.

Qui-Gon no contestó. El largo día de trabajo le estaba pasando factura. Él, que podía andar durante horas y luchar contra diez enemigos armados, se sentía exhausto después de entrevistar a unos chavales.

Se dirigieron en silencio hacia el lago. DosJota no había aparecido todavía para llevar a Tahl de vuelta a sus aposentos. Qui-Gon agradecía no tener que escuchar a cada momento su voz chillona anunciando todos los obstáculos. Si le daba la mano, Tahl podía caminar tan rápido como él, incluso por un terrero accidentado.

Llegaron al lago y Tahl soltó la mano de Qui-Gon. No le gustaba recibir más ayuda de la que necesitaba.

—Tenemos que decidir lo que vamos a hacer a continuación —dijo Qui-Gon mirando al lago de color verde claro, ahora salpicado por las sombras de la noche.

El lago ocupaba cinco niveles del Templo y estaba rodeado por árboles y arbustos. Caminos estrechos cruzaban la zona ajardinada y, al pasear por ellos, daba la impresión de que se estaba caminando por la superficie del planeta, y no suspendidos sobre ésta.

—Ya es hora de que desenmascaremos al ladrón —continuó el Jedi—. Podríamos…

—Qui-Gon, lo huelo —le interrumpió Tahl emocionada.

Qui-Gon miró a su alrededor. Estaban solos.

—Pero si aquí no hay nadie.

Ella extendió una de sus manos y la metió en el agua.

—No era una persona lo que yo olí. Era esto.

Levantó su mano mojada.

—¡Lo que olí era el lago!

De repente, las dudas se despejaron de la mente de Qui-Gon y todos los hechos comenzaron a encajar.

—Tenemos que explorar el fondo del lago —dijo.

Tahl lo entendió todo perfectamente al mismo tiempo que Qui-Gon.

—¿Crees que el ladrón está escondiendo lo que roba en el fondo del lago?

—Puede ser.

—Obviamente, yo no puedo bajar a verlo —dijo Tahl con crudeza—. ¿Qué tal se te da nadar, Qui-Gon?

—Bien —contestó Qui-Gon—, pero conozco a alguien que puede hacer este trabajo mejor que yo.

***

Los plateados ojos de Bant se abrieron asustados cuando descubrió a Tahl y a Qui-Gon al otro lado de la puerta.

—Nunca haría daño al Templo… —comenzó a decir con los ojos llenos de lágrimas.

—Bant, necesitamos que nos ayudes —la interrumpió Qui-Gon utilizando un tono amable.

Le contó rápidamente lo que necesitaban que hiciese.

Qui-Gon no quería infringir las normas de seguridad si no era estrictamente necesario. Hasta el momento, todos en el Templo eran sospechosos, pero tanto Qui-Gon como Tahl estaban absolutamente convencidos de la inocencia de Bant.

La chica calamariana podía servir de gran ayuda. Nadaba todos los días y sus ropas desprendían un ligero olor a agua y humedad. Eso era lo que Tahl había notado en la habitación de Qui-Gon. Seguramente, Bant conocía perfectamente el fondo del lago y podría buscar de una manera más eficaz que Qui-Gon.

Bant asintió para demostrar que aceptaba la propuesta, y las lágrimas desaparecieron de sus ojos.

—Por supuesto que puedo hacerlo —dijo—. Eso no supone ningún esfuerzo para un calamariano.

Juntos se apresuraron de vuelta al lago.

—Tendrás que recorrer toda la superficie —le comentó Qui-Gon a Bant mientras se acercaban—. Supongo que si alguien ha escondido algo ahí abajo, lo más probable es que esté cerca de la orilla —sonrió a la chica—. No todo el mundo nada tan bien como tú.

Bant se quitó la ropa y se quedó con el traje de baño que utilizaba para nadar.

—No os preocupéis si estoy mucho tiempo debajo del agua sin salir a respirar.

Qui-Gon se alegró de que se lo hubiese advertido antes de sumergirse. Aunque sabía que era una anfibia, la gran cantidad de tiempo que pasaba sin salir a la superficie le consumía los nervios. El Jedi miraba fijamente el agua y Tahl escuchaba con atención. Sólo se oía el pequeño chapoteo que producía Bant al salir al exterior. La calamariana sacudía la cabeza cada vez que aparecía, tomaba una gran bocanada de aire y volvía a sumergirse.

La fuente de iluminación se había difuminado y casi reinaba una oscuridad total cuando Bant volvió a salir a la superficie. Qui-Gon, que no quería agotar a la chica, iba a decirle que se tomara un respiro, pero la joven se movió hacia ellos muy contenta.

—¡He encontrado algo!

Qui-Gon se quitó las botas, se metió en el agua helada y nadó hacia Bant. Después cogió mucho aire y la siguió debajo del agua.

El fondo del lago estaba oscuro. Apenas se podía distinguir el reflejo de la piel pálida de Bant mientras se sumergían hacia el fondo. Qui-Gon deseó haber estado mejor preparado. Debería haber llevado una barra luminosa sumergible y una bombona de oxígeno. Había sido demasiado impaciente.

De repente, vio frente a ellos un cajón de embalaje, semienterrado en la fina arena del fondo del lago. Qui-Gon dio vueltas alrededor de él. No estaba cubierto ni de plantas ni de algas, lo que indicaba que llevaba poco tiempo sumergido.

Le hizo señas a Bant para que subiera a la superficie, pero ella continuó a su lado mientras él ataba una cuerda alrededor del contenedor. Qui-Gon empujó el cajón y éste se movió. Era muy pesado. Bant agarró la cuerda, y juntos lograron sacar el objeto a la superficie.

Qui-Gon emergió, jadeando por la falta de aire. Bant respiraba con normalidad. La joven esperó en el agua hasta que el Jedi recuperó el ritmo normal de su respiración. Después, arrastraron el cajón hacia la orilla. Cuando hizo pie y pudo volver a andar, Qui-Gon lo cogió y lo llevó a la playa.

Describió la forma a Tahl.

—Nunca he visto uno igual.

—Yo sí —dijo Bant. Se arrodilló y pasó las manos sobre él—. Hay muchos en mi mundo. Como gran parte de él está cubierto por el agua, existe un peligro constante de inundaciones, por eso, nosotros utilizamos estos contenedores herméticos para guardar cosas. Mira —encontró un panel escondido y lo abrió—. En este compartimento puedes poner objetos. Después cierras el panel y activas el mecanismo de vacío. Así sacas el agua y los objetos se sitúan en un compartimento interior seco. De este modo puedes ir metiendo cosas sin tener que sacar el cajón del agua.

—Muy inteligente —dijo Qui-Gon—. ¿Puedes abrirlo?

—Creo que sí.

Bant presionó otro botón y la compuerta superior de la caja se abrió.

Qui-Gon miró en el interior.

—¡Los sables láser!

Qui-Gon buscó entre los objetos.

—Casi todo está aquí, pero creo que faltan algunas cosas.

—¿Los Cristales? —preguntó Tahl.

—No están —dijo Qui-Gon.

El Jedi se sintió decepcionado, pero por lo menos habían recuperado una parte de los objetos robados.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Tahl.

Qui-Gon se volvió hacia Bant.

—Hoy te has portado muy bien. ¿Podrías guardar el secreto de lo que has hecho?

Bant asintió.

—Por supuesto, no se lo diré a nadie.

Qui-Gon pasó las manos por encima del contenedor.

—Tengo que pedirte una cosa más. Ayúdame a dejarlo donde lo encontramos —miró la tranquila y sombría superficie del lago.

—Ha llegado el momento —dijo—. Vamos a usarlo como trampa.

Capítulo 11

—Pido una votación para interrumpir las acciones del Área de la Nueva Historia en lo que se refiere a la demolición de las Salas de la Evidencia —gritó Cerasi. Su voz resonó en todas las paredes semi-derrumbadas del edificio.

Por una vez, la habitación del Consejo permanecía en silencio. Los Jóvenes se quedaron sorprendidos ante la petición de una votación para oponerse a Nield. El grupo formado por Cerasi, Obi-Wan y Nield era considerado como una única persona por los Jóvenes. La división entre los amigos era sorprendente.

Los pájaros volaban sobre sus cabezas en el cielo azul. De vez en cuando, alguno entraba por el techo abierto, se acercaba y sus agudos trinos llenaban el aire.

Deila se puso de pie.

—Secundo la moción.

La habitación se llenó de gritos y preguntas. Obi-Wan sólo podía entender alguno de los comentarios.

«¡Los mausoleos tienen que ser destruidos! ¡Nield tiene razón!» o «¡Cerasi tiene razón! ¡Necesitamos construir edificios, no derruirlos!».

La cara de Nield permanecía blanca e impasible mientras escuchaba los gritos. Cerasi se agarraba las manos. Parte de su tarea al frente del Consejo consistía en controlar a las masas.

Al final, se puso de pie y golpeó la mesa con la piedra que solía utilizar para llamar al orden.

—¡Silencio! —gritó—. ¡Sentaos y permaneced callados!

Poco a poco, los chicos y las chicas volvieron a sus asientos. Todos miraban a Cerasi con gran expectación.

Ella se aclaró la garganta.

—El Consejo votará el tema propuesto. Votad sí para detener las demoliciones, y no para continuar con ellas. —Cerasi se volvió hacia Mawat—. Tú empiezas.

—Eh, yo estoy de acuerdo con Nield —dijo Mawat—. Las demoliciones deben continuar. Voto no a la moción.

Cerasi se volvió hacia el siguiente miembro del Consejo, y después al siguiente. Cuando llegó su turno, iban empatados a cuatro votos.

Cerasi dirigió una rápida y nerviosa mirada a Obi-Wan. Sólo quedaban tres personas por votar: Cerasi, Nield y Obi-Wan. Cerasi votaría a favor de interrumpir las demoliciones. Nield en contra.

Obi-Wan tenía que resolver el empate.

—Voto sí —dijo Cerasi inalterable.

Todos miraron a Nield.

—¡Yo voto no para que continúe la paz y la seguridad en Melida/Daan! —dijo con un tono de voz rimbombante.

En ese momento todos los ojos de la sala se clavaron en Obi-Wan, que escuchó sobre su cabeza el desagradable trino de los pájaros y el ruido del viento. Su corazón latía con fuerza.

—Yo voto sí.

—Se aprueba la moción —dijo Cerasi, tragando saliva con dificultad—. El Área de la Nueva Historia cesará temporalmente las demoliciones de los mausoleos hasta nuevo estudio de la cuestión.

Durante un instante, nadie se movió. Entonces, Nield se puso de repente en pie.

—¡Pido una nueva votación! —gritó—. ¡Para echar a Obi-Wan del Consejo!

Obi-Wan se estiró.

—¿Qué? —gritó Cerasi.

Nield se volvió hacia la multitud.

—¿Por qué tiene Obi-Wan derecho al voto si no es ni Melida ni Daan?

—¡Obi-Wan es uno de nosotros! —gritó Cerasi sorprendida.

—¡Nield tiene razón! —Mawat se había puesto de pie. Le brillaban los ojos.

—¡Votad otra vez! —gritó uno de los simpatizantes de Nield.

Obi-Wan estaba tan asombrado que no podía ni moverse del sitio. Nunca hubiera imaginado que Nield fuera capaz de decir aquello. Nield y él eran como hermanos. Sólo porque no estuviesen de acuerdo, eso no tenía por qué cambiar. Por lo menos para él.

Cerasi volvió a la carga.

—Los miembros del Consejo han sido elegidos para un año. Nield no puede echar a ninguno de nosotros sólo porque haya votado en contra suya. Obi-Wan fue un héroe de guerra y fue elegido por una mayoría aplastante —golpeó la mesa con la piedra—. Se ha aprobado la moción. Esta reunión ha acabado.

Se puso de pie e indicó a los otros miembros del Consejo que hiciesen lo mismo. Pero la multitud estaba enfadada. Los gritos y las protestas resonaban en la sala. Alguien de las filas de atrás empujó a otro y comenzó una pelea.

—¡Debemos decidir sobre nuestro destino! —continuaba gritando Nield —. ¡Los Melida y los Daan juntos!

Los gritos se hicieron más fuertes. Obi-Wan seguía de pie en su sitio, todavía incapaz de moverse. No sabía qué hacer. De repente, se había convertido en un extraño.

Miró a Cerasi, que observaba a la multitud con la cara pálida y agarrándose al borde de la mesa con las manos. Se encontró con su mirada desesperada. La unidad de los Jóvenes se estaba desintegrando ante sus propios ojos.

***

Durante los días siguientes, Obi-Wan y Cerasi vieron cómo los Jóvenes se disgregaban sin solución. Nield no les hablaba. Se había trasladado al exterior y dormía en un parque

con Mawat y los Jóvenes de los Basureros. Con el corazón destrozado, Obi-Wan y Cerasi intentaban paliar los efectos de la división que habían creado.

No podemos permitir que esto nos separe, suplicaban.

Pero la división sólo aumentaba.

Nield trataba de convencer a Mawat para conseguir que los Jóvenes de los Basureros le apoyaran. Si tenía votos suficientes, podría disolver el Consejo y constituir uno nuevo. Culpaba a Obi-Wan de ser un extraño que no tenía derecho a tomar decisiones sobre Melida/Daan.

—Si gana, la guerra podría volver a empezar —le susurró Cerasi a Obi-Wan una noche en la que estaban sentados juntos en la bóveda—. Si los Mayores se enteran de que estamos divididos, usarán esto en contra nuestra y nos dividirán aún más.

—Debería dimitir de mi cargo en el Consejo —dijo Obi-Wan—. Es la única solución para acabar con este problema.

Cerasi negó con la cabeza.

—Nosotros luchábamos porque creíamos que podíamos acabar con la rivalidad entre tribus. ¿Recuerdas nuestro eslogan, «Nosotros Somos los Únicos»? Si ahora empezamos a discriminar por el lugar de nacimiento, ¿en qué se diferenciaría de los prejuicios tribales?

—De todas formas, mi renuncia podría ser un remedio temporal —argumentó Obi-Wan.

—¿Es que no lo ves, Obi-Wan? —preguntó Cerasi con desesperación—. Ya es demasiado tarde.

Obi-Wan se levantó de un salto y se puso la capa. Los argumentos de Cerasi le hacían sentirse cómodo, pero él necesitaba respuestas que Cerasi no podía darle. Le dio las buenas noches y se encaminó hacia el exterior de los túneles.

La noche era fría. Obi-Wan subió a un tejado para estar más cerca de las estrellas. Buscó en el interior de su túnica y encontró la piedra de río que Qui-Gon le había regalado en su decimotercer cumpleaños. Como siempre, la piedra estaba caliente. La apretó entre sus manos para calentarlas. Obi-Wan cerró los ojos. Casi podía sentir la presencia de la Fuerza. Ésta nunca le había abandonado. No podía. Tenía que recordarlo.

Necesitaba a Qui-Gon. Su Maestro no era el acompañante más hablador del mundo, pero Obi-Wan no se había dado cuenta de lo mucho que confiaba en los consejos de Qui-Gon. Unos consejos que le hubiesen venido bien en ese momento.

Cuando era el padawan de Qui-Gon sólo tenía que concentrarse para entrar en contacto con él. Ahora lo intentaba y no lo conseguía.

Las cosas se le estaban yendo de las manos. Todo aquello por lo que había luchado estaba ahora en peligro, y él no sabía cómo arreglar la situación. Podía hablar con mucha gente en Melida/Daan, pero ninguno lo suficientemente maduro como para poder confiar en él y resolver el problema. Incluso Cerasi parecía perdida.

Si existía una amenaza de guerra, ¿podría pedirle al Templo que le enviase un Jedi para que actuase de intermediario para lograr la paz? ¿Le enviarían a Qui-Gon? ¿Se atrevería él a pedir algo así?

Y en caso de que lo hiciese, ¿vendría Qui-Gon?

Capítulo 12

Debido a las nuevas normas de seguridad, la intensidad de la iluminación había bajado en el lago. La oscuridad era total. Qui-Gon pensó que eso era mejor para ellos. Él y Tahl se agacharon detrás de los árboles que había en la orilla del lago. Lo único que podía distinguirse era el reflejo del agua.

—Por fin estamos igualados —murmuró Tahl cuando Qui-Gon le comentó lo oscuro que estaba todo a su alrededor.

Creían que esa noche podría ocurrir otro robo. Habían visto cómo la importancia de los robos iba en aumento, y suponían que el ladrón de los Cristales estaba a punto de cometer otro delito. Si era así, el ladrón necesitaría esconder su botín, y para ello tendría que ir al lago.

O al menos eso era lo que esperaban.

Tahl tenía que permanecer a su lado. Lo habían discutido y, al final, la muchacha había conseguido imponer su opinión. Sí Qui-Gon veía al culpable, ella sería la encargada de ir a contárselo a Yoda. Puede que Qui-Gon tuviese que perseguir al ladrón. Tahl había argumentado que no debían estar en contacto a través de los comunicadores. El asunto era demasiado importante y tenían que solucionarlo sin hacer el más mínimo ruido. No había que dar facilidades al ladrón.

—De acuerdo —accedió finalmente Qui-Gon—. Pero deja a DosJota en tu habitación.

Llevaban cinco horas esperando. De vez en cuando se ponían de pie y movían los músculos, realizando un ejercicio Jedi conocido como Movimiento Estacionario. Gracias a él lograban permanecer despiertos y preparados para la acción en cualquier momento.

En el lago reinaba una calma total, así que bastó el reflejo de una hoja al moverse para que Qui-Gon se diese cuenta de que alguien había aparecido en escena. Tahl lo había oído; incluso era posible que lo hubiese percibido antes, ya que había vuelto la cabeza hacia el lugar de donde procedía el sonido.

Qui-Gon invocó a la Fuerza para que le ayudara. Se había puesto ropas oscuras y estaba perfectamente camuflado entre la vegetación. Permanecía inmóvil.

Una figura apareció en la playa por la parte izquierda, pero no por el camino por el que ellos habían llegado. Llevaba una capucha, pero Qui-Gon pudo distinguir que se trataba de un chico. Según indicaba su altura, tenía que ser uno de los estudiantes más antiguos del Templo. Además, su forma de caminar le resultaba familiar. Qui-Gon no tuvo que esperar a que se quitara la capucha, ni a que se descubriera el brillo de una coleta blanca para identificar a Bruck.

Qui-Gon se agachó y acercó los labios al oído de Tahl. Susurró el nombre de Bruck, y ella asintió.

Bruck se sentó en la orilla y se quitó las botas y el abrigo. Después, se ató una especie de bolsa impermeable con una cuerda alrededor del cuello, encendió una barra luminosa sumergible y se introdujo en el lago. Respiró profundamente y desapareció de la vista.

—Se ha sumergido —dijo Qui-Gon, en voz baja, a Tahl—. Cuando salga al exterior, le perseguiré. Espérame aquí y no te muevas. Que no descubra que voy a seguirle.

—De acuerdo —accedió Tahl—. Si no vuelves en quince minutos iré a pedir ayuda.

En unos minutos, Bruck salió a la superficie y nadó con fuertes brazadas hacia la orilla. Salió del lago y se puso las botas y el abrigo. En lugar de volver por el turboascensor principal, escogió un pequeño camino. Qui-Gon lo conocía perfectamente.

Era el que conducía a los edificios en los que se guardaban los deslizadores y las hidronaves.

Qui-Gon le siguió. No sabía si iba a reunirse con alguien o si se dirigía hacia donde guardaba el resto de los objetos robados. De todas formas, lo que sí sabía era que esa noche iba a descubrir algo importante acerca de los robos.

Bruck avanzaba con cuidado, pero Qui-Gon era aún más sigiloso. Tenía más práctica que el chico en este tipo de situaciones. Seguía a Bruck más por el sonido de sus pasos que porque pudiera verlo.

A medida que se iban alejando del lago, la vegetación era más tupida en los alrededores del camino. Muy pronto llegarían a los edificios donde se guardaban las naves. ¿Habría alguien allí esperando a Bruck? Qui-Gon aceleró el paso para acercarse y poder ver al chico.

—Raíces de un árbol a dos centímetros —una voz muy conocida retumbó en el silencio de la noche—. ¡Una rama con hojas a tres centímetros, justo al nivel de los ojos!

¡DosJota! Qui-Gon se detuvo y permaneció inmóvil. Bruck se volvió y su coleta ondeó al viento. La oscuridad no le permitía ver a Qui-Gon, pero se dio la vuelta y comenzó a correr.

No tenía sentido seguir persiguiéndole. Seguramente, ya habría dado la vuelta y ahora se dirigía hacia el turbo ascensor. Había advertido su presencia.

Disgustado, Qui-Gon se dio la vuelta. Tahl le estaba esperando en el camino, a unos pocos metros. DosJota estaba a su lado.

—Qui-Gon Jinn se acerca —informó DosJota en un tono alegre.

Tahl se aproximó a DosJota y, con rabia, le desenchufó los mecanismos que le permitían hablar. El androide movía los brazos, pero ya no podía emitir ningún sonido.

—Lo siento, Qui-Gon —dijo Tahl inmediatamente—. No me di cuenta de que DosJota me andaba buscando. En cuanto empecé a caminar ya estaba a mi lado.

—¿Por qué me seguiste? —preguntó Qui-Gon irritado.

—Porque alguien te estaba siguiendo a ti —explicó Tahl—. Se movía tan sigilosamente que pensé que seguramente tú no le oirías. Estaba preocupada.

—¿Alguien del Templo? —preguntó Qui-Gon—. ¿Qué te pareció?

—No lo sé —Tahl dudaba—. Tanto los estudiantes como los profesores, o incluso los trabajadores, llevan botas con la suela de goma. Tu perseguidor llevaba botas pesadas y sus ropas hacían ruido al andar. Y no era el ruido que hacen las capas o las túnicas. Creo que era un hombre. Las pisadas sonaban con fuerza cuando aplastaba las hojas caídas a su paso. Creo que era más o menos de tu envergadura.

—Así que tenemos un intruso —dijo Qui-Gon—. Probablemente con el que iba a encontrarse Bruck.

—Sí —coincidió Tahl—. Pero no es sólo eso. No tuvo que atravesar la vegetación ni seguir tus pasos. Conocía el camino. Se sentía como en casa y no tenía miedo.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Qui-Gon. Lo que acababa de oír era la peor noticia de todas, y la más alarmante.

Capítulo 13

A la mañana siguiente, Obi-Wan se levantó y se dio cuenta de que estaba solo. La mayoría de los Jóvenes habían salido a la superficie. Probablemente, Cerasi no había querido despertarle. Estaba seguro de que la chica ya estaba despierta cuando, casi al amanecer, él había entrado sigilosamente en la zona destinada a los dormitorios.

Cerasi le había preparado un plato de fruta y un pastel de muja para que desayunara. Obi-Wan se lo comió y se preguntó cuándo podría volver a comer algo. Los días eran muy ajetreados. Cuando no estaba al frente del Área de Seguridad, estaba, junto con Cerasi, tratando de convencer a los Jóvenes de que había que sentarse a discutir sin ira.

De repente, Roenni irrumpió en la estancia. Últimamente no había visto mucho a esa chica tranquila. Cuidaba de sí misma ella sola.

—Obi-Wan, te necesitan —dijo jadeando.

—¿Quién me necesita? —respondió Obi-Wan poniéndose de pie.

—Todos —contestó con los ojos llenos de lágrimas.

—Roenni, empieza por el principio.

—Nield ha convencido a Mawat para que ignore el voto del Consejo, y para que le ayude a demoler la Sala de la Evidencia de la Calle de la Gloria —dijo Roenni—. Ha reunido a la mayoría de los de su Área y a algunos de los Jóvenes de los Basureros.

Obi-Wan suspiró. Tenía que afrontar este nuevo problema.

—Tienen armas —le advirtió Roenni.

—¿De dónde las han sacado? —preguntó Obi-Wan serio.

—No lo sé, pero Wehutti está allí con los Mayores, y también está armado.

La consternación se apoderó de Obi-Wan. Era precisamente lo que Cerasi y él habían temido; y lo que habían intentado evitar. Las calles de Zehava volvían a vivir un conflicto abierto.

Dudó si debía intentar encontrar a Cerasi. Podía llamarla a través del comunicador, pero no tenía mucho tiempo y era mejor que ella supiera lo que estaba ocurriendo cuando todo hubiera terminado. Recordó lo mucho que le había afectado ver a Nield y a Wehutti enfrentados la última vez.

En lugar de avisarla, Obi-Wan mandó una señal de emergencia a su Área con la localización del lugar del conflicto. Esperaba que sus compañeros aparecieran pronto y así no tener que enfrentarse solo a Nield. Sabía que su presencia no iba a cambiar los planes de Nield. De todas formas, tenía que intentarlo.

Agarró su espada vibradora y se dirigió al exterior.

Cuando llegó a la Calle de la Gloria, sus peores temores ya se habían confirmado. En medio de la plaza había una gran fuente de piedra con los caños secos. Nield y sus fuerzas estaban situados al final de la plaza, esgrimiendo pistolas láser y espadas vibradoras. Wehutti y los Mayores se encontraban frente a ellos, con sus armaduras y sus armas listas, y bloqueando la entrada a la Sala de la Evidencia. La fuente era lo único que los separaba. La chispa estaba a punto de estallar.

Obi-Wan se dirigió rápidamente hacia ellos.

—¡Os ordeno que dejéis las armas en nombre del gobierno de Melida/Daan! —gritaba mientras corría.

Vio a los miembros de su escuadra acercarse corriendo hacia el lugar, blandiendo sus armas, y les hizo una señal para que no dispararan. Si abrían fuego, los Mayores y las fuerzas de Nield responderían al ataque.

—¡Tú no representas al gobierno de Melida/Daan! —gritó Nield.

Las fuerzas de Obi-Wan se agruparon en torno a él. Miraban a Nield y a Obi-Wan. Se percibía confusión en sus caras. Obviamente, algunos estaban de acuerdo con Nield cuando había llamado extraño a Obi-Wan. Incluso Deila parecía dudar.

Ignorando sus disyuntivas, Obi-Wan ordenó a la mitad de sus efectivos que rodearan el perímetro de la plaza. Así, por lo menos, evitaría que la batalla se extendiese al resto de la ciudad. Tenía que impedir que llegaran más refuerzos. El enfrentamiento no tenía que convertirse en una guerra total.

Obi-Wan se acercó lentamente a los grupos. Podía sentir una perturbación en el aire, como si las fuertes emociones se hubiesen condensado allí. Sabía que todos estaban a punto de utilizar sus armas.

—Quítate de en medio, Wehutti —dijo Nield—. Nosotros ganamos la guerra. Déjanos hacer nuestro trabajo.

—¡No permitiremos que una pandilla de mocosos masacren la memoria de nuestros ancestros! —rugió Wehutti.

—¡Nosotros no permitiremos que unos asesinos sean tratados como glorias del pasado! —le respondió Nield, gritando. Movió su rifle en el aire—. Y ahora, ¡quitaos!

De repente, el caño seco que ocupaba el centro de la fuente se abrió. Cerasi salió al exterior a través de él y empezó a correr hasta situarse en medio de los dos grupos.

—¡No! —gritó según corría—. ¡Esto no puede suceder!

—¡Cerasi! —aulló Obi-Wan, y se echó hacia delante.

En ese momento se oyeron disparos. En medio de la confusión, Obi-Wan no pudo distinguir de dónde procedían.

Pero la muchacha había sido alcanzada. Los ojos de Cerasi se desorbitaron cuando el disparo impactó en su pecho. Lentamente, la joven cayó de rodillas. Obi-Wan llegó hasta ella y, justo cuando iba a caerse de espaldas, la cogió en brazos.

—¡Cerasi! —gritó.

Sus ojos verdes se habían vuelto cristalinos.

—Te pondrás bien —le dijo sinceramente—. ¿Puedes oírme? Tú no necesitas tener suerte. ¡Cerasi!

Levantó la palma de la mano. Ella trató de imitarle, pero la mano cayó hacia atrás. Sus ojos dejaron de ver.

—¡No! —gritó Obi-Wan.

El joven le tomó el pulso con dedos temblorosos. No sentía nada, ni siquiera un pequeño fluir de sangre.

El dolor le taladró cada fibra de su cuerpo. Obi-Wan miró arriba, hacia Nield y Wehutti. No podía articular palabra. Era como si hubiese perdido la facultad de hablar.

Se le empezaron a escapar las lágrimas, mientras el dolor, que crecía dentro de él, alcanzaba cada rincón de su corazón y de su cerebro. Era insoportable. Su cuerpo no podía resistir un dolor así. Se iba a romper. Y, sin embargo, él sabía que esto sólo era el principio.

Capítulo 14

La sorprendente noticia de la muerte de Cerasi se extendió por toda la ciudad de Zehava. Ella había sido un símbolo de paz. Y, ahora, su muerte también se había convertido en otro símbolo, pero no de reconciliación.

Cada bando del conflicto había utilizado la muerte de la joven para justificar sus propios fines. Para los Mayores, era un símbolo de la irresponsabilidad y la imprudencia de los Jóvenes. Para los Jóvenes, su trágica muerte simbolizaba el odio inflexible de los Mayores. Cada grupo culpaba al otro de la muerte de Cerasi.

Los Jóvenes y los Mayores estaban más enfrentados y divididos que nunca. Aunque tanto Nield como Wehutti se habían retirado, sus facciones patrullaban las calles sin esconder las armas. Cada bando captaba adeptos a diario. El rumor más extendido era que la guerra era inevitable.

Obi-Wan sabía que Cerasi habría odiado que su muerte se hubiera convertido en una razón para luchar. Pero él no quería empezar a descifrar significados y símbolos. Sólo podía sentirse afligido.

Nield no había ido al funeral de Cerasi. Sus cenizas se habían guardado en la misma Sala de la Evidencia donde estaban sus padres.

Obi-Wan estaba solo. El sentimiento de la pérdida de Cerasi era lo único que le acompañaba. Lo percibía en cuanto abría los ojos. Era como si sus huesos hubiesen abandonado su cuerpo y hubieran dejado un enorme espacio vacío. Caminaba sin rumbo por las calles de la ciudad, preguntándose cómo podía la gente comer, ir de compras o vivir, si Cerasi se había ido.

Revivía el momento de su muerte una y otra vez, y se preguntaba por qué no había corrido más rápido, por qué no se había dirigido a ella antes o por qué no había previsto que ella pudiese aparecer por allí. ¿Por qué no le había alcanzado el disparo a él?

Entonces, volvía a ver la sorpresa reflejada en los ojos cristalinos de Cerasi cuando había recibido el disparo, y sentía ganas de gritar y de golpear las paredes. La rabia ocupaba tanto espacio en él como el dolor.

La pérdida de Cerasi le golpeaba cada vez con más fuerza. Saber que nunca más hablaría con ella le producía un enorme dolor. Echaba de menos a su amiga. Siempre la echaría de menos. Había sido una persona importante en su vida y les habían quedado muchas cosas por decirse.

Obi-Wan caminaba a diario meditando estos pensamientos. Caminaba hasta que se sentía exhausto, hasta que casi no podía ni ver. Después dormía todo lo que podía. En cuanto se levantaba, comenzaba a caminar de nuevo.

Los días pasaban y él no sabía cómo superar el dolor. Un día, sin darse cuenta, se encontró en la plaza donde terminaba la Calle de la Gloria y donde Cerasi había muerto. Alguien había colgado una pancarta entre dos árboles, en la que podía leerse: «VENGAD A CERASI. ELEGID LA GUERRA».

Obi-Wan sintió que algo explotaba en su interior, corrió hacia la pancarta y saltó para cogerla. Cuando la tuvo en las manos, notó que el material era duro y difícil de romper, pero, aunque acabó con los músculos doloridos y los dedos llenos de heridas, logró reducirlo a pequeños pedazos.

No podían utilizar el nombre de Cerasi de esa manera. Tenía que impedirlo. Tenía que utilizar su dolor y el amor que sentía hacia ella para lograrlo.

Necesitaba hablar con Nield. Nadie excepto él podía ayudarle.

Obi-Wan lo encontró en los túneles, en la habitación lejana de la bóveda donde se habían encontrado por primera vez. Era una estancia que habían utilizado como almacén durante un corto período de tiempo. Nield estaba sentado en un banco, con la cabeza agachada.

—¿Nield? —Obi-Wan entró dubitativo en la habitación—. Te he estado buscando.

Nield no levantó la mirada, pero tampoco le dijo a Obi-Wan que se fuera.

—Nuestros corazones están rotos —dijo Obi-Wan—. Lo sé. La echo de menos. Pero ella estaría furiosa si pudiese ver lo que está sucediendo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Nield no contestó.

—Va a empezar otra guerra, y Cerasi está siendo utilizada como excusa —continuó Obi-Wan—. No podemos permitir que eso suceda, iría en contra de todo lo que ella defendía. No fuimos capaces de proteger a Cerasi mientras estuvo viva, pero podemos proteger su memoria.

Nield permanecía con la cabeza agachada. ¿Era su dolor tan grande que no podía escuchar a Obi-Wan?

En ese momento, Nield miró hacia arriba. Obi-Wan dio un paso atrás. En lugar de la aflicción que Obi-Wan esperaba encontrar en el rostro de su amigo, vio una enorme rabia.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? —le preguntó Nield, con una voz que temblaba de la furia—. ¿Cómo te atreves a decir que no pudiste protegerla? ¿Por qué no, Obi-Wan?

Nield se puso de pie. En ese reducido espacio, casi tocaba con la cabeza en el techo. Su ira inundaba toda la habitación.

—Intenté llegar hasta donde estaba ella —comenzó a decir Obi-Wan—. Yo…

—¡Ella no tenía que haber estado allí! —gritó Nield—. Tú tendrías que haber estado vigilándola y protegiéndola, en lugar de salir corriendo a intentar solucionar los problemas de los demás como un… ¡Jedi!

Mientras escupía la última palabra, Nield dio un paso amenazante hacia él. Sus ojos oscuros estaban encendidos. Obi-Wan pudo ver restos de lágrimas en ellos. Lágrimas de dolor y de rabia.

—Los Jedi sólo piensan en sus grandes principios —continuó Nield con amargura—. Siempre se creen mejores que aquellos a los que protegen, y son incapaces de conectar con los seres humanos de carne y hueso, que tienen corazón…

—¡No! —gritó Obi-Wan—. ¡Los Jedi no son así! ¡Eso es justamente lo contrario de lo que somos!

—¡Hablas de nosotros! —chilló Nield—. ¿Lo ves? ¡Eres un Jedi! No eres leal a nuestro mundo. Eres un extraño. Tú influiste en Cerasi para que se pusiese en mi contra…

—No, Nield —Obi-Wan luchaba para que su voz pareciese calmada—. Sabes que eso no es verdad. No se podía influir en Cerasi ni decirle lo que tenía que hacer. Ella sólo quería la paz. Por eso estoy aquí ahora.

Nield cerró los puños.

—¿Paz? —silbó entre dientes—. ¿Qué es eso? ¿Qué es la paz después de la pérdida de Cerasi? A Cerasi la asesinaron los Mayores, y deben pagar por ello. No descansaré hasta que todos hayan muerto. ¡Vengaré su muerte o moriré en el intento!

Las palabras cogieron por sorpresa a Obi-Wan. Sonaban como los hologramas que tanto despreciaba Nield.

—¿Qué estás haciendo aquí, Obi-Wan Kenobi? —preguntó Nield sin que el tono de su voz disimulara el desagrado—. No eres parte de los Jóvenes. No eres Melida. No eres Daan. No eres nadie. Estás en ninguna parte y no significas nada para mí.

La ira pareció abandonar la voz de Nield, y la debilidad le empujó obligándole a sentarse de nuevo en el banco.

—Ahora, fuera de mi vista… y de mi planeta.

Obi-Wan retrocedió y salió de la habitación. Atravesó varios túneles hasta que vio un rayo de luz gris sobre su cabeza. Subió por una gruta por la que nunca había pasado y se encontró en una calle que le resultaba desconocida.

Se había perdido. Comenzó a caminar en una dirección y luego cambió de rumbo. Su mente estaba agotada y no conseguía elaborar ningún pensamiento coherente. Sólo meditaba las palabras de Nield.

¿Adónde podía ir? Todo lo que le ataba a la vida había desaparecido. Todos aquellos que le habían importado se habían ido.

Nield tenía razón. Sin los Jedi y sin los Jóvenes no tenía a nadie. Él no era nadie. Cuando no has dejado nada atrás, ¿adónde puedes regresar?

Era como si el cielo oscuro sobre su cabeza le presionara y le aplastara contra el suelo. Quería caerse y no volver a levantarse jamás.

Pero cuando estaba llegando al límite de su desesperación oyó una voz dentro de su cabeza.

Siempre aquí puedes venir, cuando perdido estés…

Capítulo 15

Qui-Gon alertó a los guardias de seguridad para que salieran en busca de Bruck. Ellos podrían rastrear todos los rincones del Templo mejor que él. Después sacó el contenedor del agua y lo arrastró a la orilla. Por lo menos, podrían devolver lo que había sido robado.

Cogió el sable láser de Obi-Wan del departamento aislado. Lo activó y volvió a funcionar al instante, reflejando su luz azul brillante en medio de la oscuridad. Comprobó con alivio que no había sufrido daños. Lo apagó y lo colgó de su cinturón al lado del suyo.

Tahl llevó de vuelta a una enmudecida DosJota a su habitación. La joven se dedicaría a coordinar las acciones desde allí. Qui-Gon fue directamente a la habitación de Bruck.

El chico no estaba allí, por supuesto. Los miembros de seguridad le estaban buscando, pero estaba claro que Bruck no les iba a dar facilidades.

Qui-Gon echó una ojeada al cuarto de Bruck. Si había alguna pista que indicase por qué un chico con un futuro prometedor podía haber hecho una cosa semejante, él no la veía. Sus ropas estaban perfectamente dobladas y su pupitre ordenado. ¿Qué había en el corazón de ese chico? Qui-Gon tocó el sable que llevaba en su cinturón. ¿Qué había en el corazón de cualquier chico? ¿Y por qué Yoda pensaba que Qui-Gon era capaz de comprenderlo?

Había defraudado al Templo. La ira de Bruck había estado siempre allí y él no la había visto. Le había ocurrido lo mismo que con Xánatos, su primer padawan, cuya ira también le había pasado desapercibida. Igual que la inquietud de Obi-Wan.

Qui-Gon miró a través de la ventana desganado. El sol ya estaba saliendo. Era el momento de avisar a Yoda. Un miembro del Templo les había traicionado.

Su comunicador empezó a emitir una señal roja. Yoda le estaba llamando. Parecía ansioso por saber las noticias.

Qui-Gon cogió el turboascensor y se dirigió a la sala de conferencias, donde sabía que Yoda le estaría esperando. Cuando entró en la estancia, el Maestro Jedi estaba solo.

—Así que ya lo sabes —dijo Qui-Gon.

—Bruck nuestro culpable es —dijo Yoda—. Problemático y triste, sí. Por algo más te he llamado, Un mensaje para ti hay.

Qui-Gon miró a Yoda asombrado, pero el Maestro no hizo ningún gesto revelador. Se limitó a activar un holograma.

La imagen de Obi-Wan apareció de repente en la habitación.

Enfadado, Qui-Gon se volvió y comenzó a andar hacia la salida de la habitación.

—No tengo tiempo…

La voz de Obi-Wan sonaba débil.

—Cerasi ha muerto.

Las palabras golpearon a Qui-Gon, que se detuvo y se volvió. Entonces pudo ver el dolor en el rostro de su padawan.

—Se vio atrapada en medio de un fuego cruzado entre los Jóvenes y los Mayores.

Qui-Gon sintió que le invadía la pena. Durante el poco tiempo que había estado en Melida/Daan le había cogido cariño a la chica y había entendido por qué Obi-Wan se sentía tan unido a ella. Su muerte era una tragedia.

—Y ahora cada bando culpa al otro de su muerte —continuó Obi-Wan—. Incluso Nield se está preparando para entrar en combate. Los hombres de Wehutti han recuperado las armas. Mi facción se ha disuelto. He perdido el mando y no tengo manera de convencer a los demás de que hay que dejar las armas.

La cara de Obi-Wan reflejaba dolor, pero también algo más. Algo que Qui-Gon había visto otras veces, en rostros marcados por un horrible destino: la incomprensión.

El diminuto holograma de su antiguo padawan estaba de pie, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y con una postura que denotaba desesperación.

—No sé qué hacer —confesó—. Ya no soy un Jedi y, sin embargo, sé lo que un Jedi puede hacer. Y sé que sólo un Jedi puede ayudarme. Qui-Gon, sé que he obrado mal, pero, ¿podrías ayudarme en este momento?

Qui-Gon agarró con fuerza el sable láser de Obi-Wan, que todavía llevaba colgado del cinto, y apretó los dedos alrededor de la empuñadura. Incluso apagado, parecía desprender algún tipo de energía. ¿O era la Fuerza lo que sentía a su alrededor?

La cara pálida de Obi-Wan parpadeó e inmediatamente desapareció. Qui-Gon comprendió en ese momento lo que Yoda y Tahl habían intentado decirle. Él no había sido traicionado por un Jedi, sino por un niño. Un niño abrumado por la pasión y las circunstancias. El chico merecía su comprensión. No, no había una fórmula secreta para lograr entrar en el corazón de un chico.

Quizá todo lo que había que hacer era escuchar.

—Mándale un mensaje a Obi-Wan —le dijo Qui-Gon a Yoda—. Dile que voy en camino.

Capítulo 16

Cuando Yoda se comunicó con Obi-Wan en forma de holograma y le dijo que Qui-Gon estaba en camino, el muchacho se sintió exultante. Recuperó la confianza y sintió el primer momento de felicidad desde la muerte de Cerasi.

Pero, inmediatamente, la felicidad se transformó en preocupación. Qui-Gon venía obligado. ¿Trabajar con un Qui-Gon silencioso y desaprobador iba a ser peor que trabajar solo?

Melida/Daan es lo que importa, se dijo a sí mismo con firmeza, *tengo que hacer todo lo que esté en mis manos para salvar el planeta que Cerasi tanto quería*.

Qui-Gon tardaría varios días en llegar. Mientras tanto, Obi-Wan tenía mucho tiempo de sobra y nada que hacer. Gracias a la amargura de Nield, había sido expulsado de los Jóvenes. Tal vez quedaba alguien que no estaba de acuerdo con las tácticas de Nield, pero eso no significaba que fuera a unirse a Obi-Wan. Nadie se atrevía a contradecir a Nield.

Obi-Wan se sentía como si fuese un fantasma. No se le permitía dormir en los túneles, así que lo hacía donde podía o donde se le hacía de noche. Edificios abandonados, plazas públicas, un parque alumbrado con los focos de varios deslizadores abandonados. La vida giraba a su alrededor, pero él no participaba en ella. Lo único que le retenía en el planeta era su apego a la causa de Cerasi.

Su única amiga era Roenni. La chica le buscaba a menudo y le entregaba comida. Le había llevado un equipo de supervivencia con una cuerda brillante, un botiquín y una cálida y ligera manta para las noches frías. Obi-Wan se sentía agradecido por su lealtad, pero también estaba preocupado por si alguien les veía juntos y se lo contaba a Nield.

—Se enfadará mucho —le dijo a Roenni.

Estaban sentados en un pequeño parque que había sido un campo de batalla durante la última guerra, y donde la hierba luchaba por crecer en medio de las zonas de terreno que habían quedado abrasadas. Sólo quedaba un árbol de pie; los demás eran sólo muñones con las ramas y los troncos reducidos a astillas.

Los cálidos ojos marrones de Roenni se volvieron fieros de repente.

—No me importa. Lo que está haciendo está mal. Nield es una buena persona y algún día se dará cuenta. Hasta entonces te protegeré. Igual que tú me protegiste a mí.

—No sé si Nield cambiará de opinión algún día —contestó Obi-Wan, recordando el odio que había visto en su mirada.

—No sabe lo que hace porque está dolido —dijo Roenni tranquilamente—. Sólo tú puedes lograr la paz, Obi-Wan.

—No puedo hacer nada —dijo Obi-Wan derrotado—. No tengo influencia sobre Nield. Ni siquiera me habla.

—¿Por eso has llamado a tu Jedi? —preguntó Roenni—. ¿Puede él ayudar a Melida/Daan?

Obi-Wan asintió y tocó su piedra de río.

—Si hay alguien que puede ayudaros es Qui-Gon Jinn.

Obi-Wan seguía confiando plenamente en su Maestro, aunque Qui-Gon hubiese perdido la confianza en él.

***

Por fin amaneció el día de la llegada de Qui-Gon. Obi-Wan había recibido instrucciones para encontrarse con él fuera de las puertas de la ciudad.

Cuando Obi-Wan vio la figura alta y fuerte del Maestro Jedi dirigiéndose hacia él, sintió un escalofrío de alegría. Una sonrisa de alivio se dibujó en su cara.

Pero, a medida que iba reconociendo el rostro inexpresivo de Qui-Gon, la sonrisa se fue desvaneciendo lentamente. Por supuesto, su Maestro, o más bien su antiguo Maestro, no sonreía. Obviamente, ver a un antiguo padawan tenía que llenar de angustia a un Caballero Jedi.

La expresión del rostro de Qui-Gon se relajó y se volvió más neutral. El Jedi asintió a Obi-Wan.

No hubo un saludo. Ni preguntas acerca de su estado de ánimo. Bien. Obi-Wan podía sobrellevarlo. Había pedido ayuda, no amabilidad. Los dos empezaron a andar juntos hacia la ciudad.

Obi-Wan esperaba que Qui-Gon hablase. ¿Por qué no lo hacía? Si pudieran hablar de lo que había sucedido… Si Qui-Gon le diera una oportunidad de explicarse…

En el instante en el que había visto a Qui-Gon se había dado cuenta de algo. Ahora estaba seguro. Quería volver a ser un Jedi. Y no solamente un Jedi, sino el padawan de Qui-Gon Jinn. Quería todo aquello a lo que había renunciado y volver a su vida anterior.

No pertenecía a Melida/Daan. Se había sentido fascinado por una causa. Una causa justa y buena, eso era verdad; pero había otras causas justas en la galaxia por las que también quería luchar. Se dio cuenta de que Cerasi tenía razón. Obi-Wan quería tener otra vida, diferente a la que podía vivir en el planeta Melida/Daan.

Había vuelto a encontrar el camino correcto y eso estaba bien. Y, sin embargo, todavía sentía desesperación. Sólo tenía que mirar a Qui-Gon para entender que el Jedi no le llevaría otra vez con él.

Capítulo 17

Qui-Gon había imaginado que el reencuentro iba a ser desagradable, pero no había tenido en cuenta el dolor. Ver la esperanza dibujada en el rostro del joven Obi-Wan le hizo sentirse enfadado. Qui-Gon luchó por librarse de ese sentimiento. Sabía que estaba siendo demasiado severo.

No podía hablar. No quería que Obi-Wan notase el enfado en su voz. Quería que sus primeras palabras fueran tranquilas.

Así que no habló y se limitó a asentir ligeramente con la cabeza a modo de saludo. Qui-Gon se dio cuenta de que la frialdad del gesto había dolido al chico. Obi-Wan llevaba tiempo sufriendo mucho. Lentamente, mientras caminaban, la ira de Qui-Gon se fue esfumando y la compasión ocupó su lugar.

—Me sentí muy afligido al oír lo que había pasado con Cerasi —dijo tranquilamente—. Sinceramente, siento mucho la pérdida, Obi-Wan.

—Gracias —contestó Obi-Wan con un hilo de voz.

—Hay muchas cosas de las que tenemos que hablar —continuó Qui-Gon—, pero creo que ahora sólo servirían para distraernos. Cualquier problema entre nosotros es nimio comparado con la posibilidad de que puede volver a estallar una guerra en este planeta. Así que vamos a concentrarnos en los problemas de Melida/Daan.

Obi-Wan aclaró la garganta.

—Estoy de acuerdo.

—¿Qué es lo último que se sabe de Nield y de Wehutti?

—Nield está agrupando a sus hombres. Ahora cuenta con el apoyo de Mawat y de los Jóvenes de los Basureros. Está intentando que la Generación de Mediana Edad se vuelva a unir a él. Circula el rumor de que la guerra estallará muy pronto, justo en el lugar donde Cerasi fue asesinada. También sé que los partidarios de Wehutti están recuperando las armas. Wehutti se ha ido a vivir aislado de todo.

Qui-Gon asintió pensativo.

—¿Wehutti dirige a sus seguidores o éstos se están preparando por su cuenta?

—Creo que ni siquiera Wehutti está en contacto con ellos —dijo Obi-Wan—. No ve a nadie.

—Pues tendrá que vernos a nosotros —replicó con firmeza Qui-Gon.

***

La puerta de Wehutti estaba cerrada con llave y con varios cerrojos. Qui-Gon llamó con fuerza. No hubo respuesta.

—Sabemos que no quiere visitas —dijo Qui-Gon, sacando el sable láser de su cinturón—. Pero no necesitamos invitación.

Qui-Gon activó el arma y la usó para cortar los cerrojos. Empujó la puerta y ésta se abrió sin dificultad.

El pasillo y las dos habitaciones que había en la planta baja estaban vacíos. Con cuidado, Qui-Gon y Obi-Wan empezaron a subir por las escaleras. Recorrieron habitación por habitación, hasta que encontraron a Wehutti en un pequeño dormitorio en la parte trasera de la casa.

Había bandejas de comida cubriendo el suelo, y unas gruesas cortinas impedían que entrara la luz. Wehutti estaba sentado en una silla encarada hacia una ventana, aunque no podía ver nada al otro lado. Ni siquiera se dio la vuelta cuando entraron en la habitación.

Qui-Gon se interpuso en el campo de visión de Wehutti y se agachó a su lado.

—Wehutti, necesitamos hablar contigo —le dijo.

Lentamente, Wehutti se volvió hacia Qui-Gon.

—Había mucha confusión. Por supuesto, yo estaba preparado para disparar, pero creo que no lo hice.

Qui-Gon miró a Obi-Wan. Wehutti estaba reviviendo el día de la muerte de Cerasi.

—Había más Jóvenes de los que habíamos calculado —continuó Wehutti—. Pensamos que no tendríamos que utilizar las armas. Creíamos que no iban a ir armados. Y no pensé que mi hija, mi Cerasi, iba a estar allí. Ella no llevaba ningún arma, ¿lo sabías?

—Sí —dijo Qui-Gon.

—La había visto hacía poco porque había venido a verme. ¿Lo sabías?

—No, no lo sabía —contestó Qui-Gon educadamente.

—Estuvimos hablando. Ella quería que dejara de luchar contra los Jóvenes. Yo no estaba de acuerdo. No fue una visita agradable. Pero, entonces, ella sugirió que no hablásemos de las cosas tal y como eran, sino tal y como habían sido. De su infancia. Ella había vivido unos años felices antes de que comenzara la guerra, y yo lo recordé todo de repente. No había pensado en ello desde hacía mucho tiempo.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas de Wehutti.

—Me acordé de su madre y recordé a mi hijo. Cerasi era nuestra hija más pequeña. Le daba miedo la oscuridad, así que yo solía quedarme en su cuarto hasta que se dormía. Me sentaba al lado de su saco de dormir y le ponía una mano encima para que supiera que estaba allí. Ella tocaba mi mano de vez en cuando, hasta que se quedaba dormida. Yo la cuidaba —suspiró Wehutti—. Era tan guapa.

De repente, el hombre se dobló sobre la silla y colocó los hombros pegados a las rodillas. Su cuerpo se convulsionaba debido a sus fuertes sollozos.

—Había mucha confusión —dijo con voz entrecortada—. Al principio no la vi. Estaba mirando a Nield. Mi mujer está enterrada en esa Sala. Sus cenizas están allí. No podía permitir que la destruyeran.

—Wehutti, eso está bien —dijo Qui-Gon—. Hiciste lo que tenías que hacer. Igual que Cerasi.

Wehutti levantó la cabeza.

—Eso es lo que dices tú. Lo que dice todo el mundo —repitió con un tono de voz neutro.

—Y ahora tus partidarios se están movilizando para comenzar otra guerra —le explicó Qui-Gon—. Sólo tú puedes detenerlos. ¿Podrías hacerlo, por la memoria de Cerasi?

Wehutti se volvió hacia Qui-Gon. No había expresión en sus ojos y su cara había perdido el color. Sólo estaba marcada por los surcos de las lágrimas.

—¿Y cómo va a ayudar eso ahora a Cerasi? No me importa la guerra ni las batallas. Está claro que no puedo evitar que las cosas sucedan. Ya no siento odio. Ya no siento nada.

—Pero Cerasi hubiese querido que la ayudases —dijo Obi-Wan.

Wehutti se volvió hacia la ventana cubierta por las cortinas.

—Había mucha confusión —dijo en un tono de voz mecánico—. Estaba preparado para disparar. Quizás llegué a hacerlo. Puede que yo la matase, o puede que no. Nunca lo sabré.

Capítulo 18

Cuando salieron de la casa de Wehutti, Obi-Wan sintió que sus esperanzas le abandonaban. Si Wehutti no hacía algo, la guerra sería inevitable.

Qui-Gon caminaba pensativo a su lado. Obi-Wan no tenía ni idea de qué estaría pensando, pero eso no era extraño. Incluso cuando eran Maestro y padawan, Qui-Gon era muy reservado para sus pensamientos.

Giraron una esquina y casi se dan de bruces con Nield. El muchacho les esquivó con rapidez. Se miraron unas décimas de segundo y Obi-Wan tuvo la sensación de ser invisible.

Los pasos de Obi-Wan se volvieron vacilantes. Todavía no se había acostumbrado a sufrir el odio de Nield.

—Me contaste que Nield te acusó de ser un extraño —remarcó Qui-Gon—. ¿Fue porque te opusiste a su decisión de derribar las Salas de la Evidencia?

—Sí, ahí empezó todo —contestó Obi-Wan—. También estaba enfadado con Cerasi. Pero ahora las cosas están aún peor.

—¿Desde la muerte de Cerasi?

Obi-Wan asintió.

—Él…, él dice que es culpa mía. Que debería haber estado vigilándola en lugar de estar tratando de salvar el mausoleo. Dice que soy el culpable de que ella apareciera en escena ese día.

Qui-Gon le miró pensativo.

—¿Y tú qué piensas?

—No lo sé —susurró Obi-Wan.

—Nield te acusa a ti de lo que teme haber hecho él mismo —dijo Qui-Gon—. Si no hubiese sido tan insistente con el tema de los mausoleos, Cerasi todavía estaría viva. Además, tal y como le pasa a Wehutti, también tiene miedo de haber matado a Cerasi. Los dos tienen miedo de haber disparado ese tiro fatal.

Obi-Wan asintió. No le salían las palabras. No podía ni imaginar que llegaría un día en el que podría vivir sin estar absorbido por el sentimiento de pérdida y culpa.

Qui-Gon se detuvo.

—La muerte de Cerasi no fue culpa tuya, Obi-Wan. No puedes evitar lo que no sabes que va a suceder. A lo largo de tu vida, sólo puedes hacer lo que tú crees que es correcto. Podemos planear, tener esperanzas o temer al futuro, pero no podemos saber lo que va a ocurrir.

A lo largo de tu vida, sólo puedes hacer lo que tú crees que es correcto. ¿Se estaba refiriendo también a su decisión de quedarse en Melida/Daan? La esperanza creció en Obi-Wan. ¿Le habría perdonado?

Qui-Gon reanudó la marcha.

—Estamos ante dos personas que sufren porque creen haber matado a la persona que más han querido en el mundo. Quizá la clave de la paz sea encontrar la respuesta a una

sencilla pregunta: ¿Quién mató a Cerasi? A veces, las guerras se inician por causas tan sencillas como ésa.

Qui-Gon no se había referido a la decisión que había tomado Obi-Wan. En su mente sólo estaba el problema que llevaban entre manos. Y así tenía que ser. Qui-Gon trataba a Obi-Wan con compasión, pero era una compasión distante. No le había perdonado.

—Pero, ¿cómo podemos saber quién disparó? —preguntó Obi-Wan—. Wehutti tiene razón. Había mucha confusión. Nield y él estaban listos para disparar.

Se pararon. Obi-Wan vio con sorpresa que Qui-Gon le había llevado a la plaza donde había muerto Cerasi.

—Vamos a ver, Obi-Wan. Dime qué es lo que viste ese día —ordenó Qui-Gon.

—Nield y sus fuerzas estaban aquí —dijo Obi-Wan señalando un lugar de la plaza—. Wehutti, allí. Yo estaba aquí de pie. Se amenazaban mutuamente y sus armas estaban listas para disparar. Cerasi apareció de pronto en medio de la fuente. Vi que…

Obi-Wan notó que se le resecaba la garganta. La aclaró y continuó:

—No podía creer que estuviese allí. Cerasi empezó a correr y yo hice lo mismo. Y entonces oí los disparos láser… No sabía de dónde venían, así que continué corriendo. Tenía mucho miedo, pero no podía moverme más rápido. Y, entonces, ella cayó. Hacía mucho frío y el día era gris. Ella temblaba…

—Espera —le cortó bruscamente Qui-Gon—. Basta de contar la historia como el amigo que sufre —suavizó el tono—. Sé que es duro, Obi-Wan, pero no puedo sacar ninguna conclusión si tus explicaciones están influidas por los sentimientos. Tienes que recordar sin culpa ni pena. Cuéntamelo como lo haría un Jedi. Guarda los sentimientos en el corazón. Dime lo que vio tu mente. Ahora. Cierra los ojos.

Obi-Wan cerró los ojos. Le costó unos momentos concentrarse. Buscó un espacio en su mente que no estuviese ocupado para dejar que los recuerdos aflorasen a su memoria. Dejó la mente en blanco y relajó el ritmo de la respiración.

—Escuché ruidos en la fuente antes de que apareciera Cerasi. Yo ya me había vuelto hacia la izquierda. Ella vio lo que pasaba con sólo echar una ojeada. Así que salió del caño seco. En cuanto llegó al suelo comenzó a correr y saltó el borde de la fuente. Me di la vuelta hacia la derecha durante un instante. Nield estaba sorprendido. Vi a Wehutti por el rabillo del ojo. Él…

Obi-Wan se detuvo, sorprendido de cómo recordaba claramente la escena.

—Bajó el arma —dijo sorprendido—. Él no disparó a Cerasi.

—Continúa —pidió Qui-Gon.

—Corrí y perdí de vista a Nield. Yo iba hacia Cerasi, intentaba llegar a ella. Vi un reflejo del sol en el tejado del edificio que tenía enfrente. Recuerdo que deseé que el reflejo no me diera en los ojos y me impidiese ver. Necesitaba ver todo lo que estaba sucediendo. Y entonces oí el disparo. Y ella cayó.

—Abre los ojos, Obi-Wan. Tengo una pregunta que hacerte.

Obi-Wan obedeció y los abrió.

—¿No me habías dicho que era un día gris y que el cielo estaba nublado?

Obi-Wan asintió.

—Entonces, ¿cómo podía brillar el sol en un tejado?

Qui-Gon puso las manos sobre los hombros de Obi-Wan y le hizo girarse.

—Mira. Allá arriba. ¿Es posible que hubiera alguien en el tejado? ¿No sería el brillo que viste el reflejo de un rifle láser?

—Sí —contestó Obi-Wan emocionado—. Puede ser.

—Y ahora tengo otra pregunta —continuó Qui-Gon—. Dices que los Mayores llevaban armas ese día. Pero eso fue antes de que las importaran del campo. ¿De dónde las sacaron, entonces? Si habíais confiscado todas sus armas y las guardabais en vuestros almacenes, ¿cómo se las apañaron los Mayores para obtenerlas?

—No lo sé —dijo Obi-Wan—. Yo asumí que las habían traído del campo.

Qui-Gon sonrió sarcásticamente.

—¿Lo asumiste? Eso no suena mucho a lo que debe hacer un Jedi.

Obi-Wan trató de no demostrar lo derrotado que se sentía. Qui-Gon tenía razón. Se había dejado atrapar por sus propios sentimientos. Había perdido la disciplina mental que debe gobernar la mente de todo Jedi.

Y Qui-Gon se había dado cuenta. Ahora, su antiguo Maestro tendría aún menos confianza en él que antes.

Capítulo 19

Para averiguar cómo habían recuperado los Mayores las armas, Qui-Gon decidió empezar por el sitio más obvio: el almacén donde el Área de Seguridad las había confiscado. Nield había conseguido las suyas allí, pero, ¿podrían los Mayores haber robado sus armas también de allí?

Los dos hombres hicieron el camino hasta el almacén sin decir nada. Qui-Gon se dio cuenta de que había mucho silencio entre ellos, y no era el silencio cómodo que surge entre los amigos. Qui-Gon percibía las emociones que Obi-Wan trataba de ocultar. Entre ellas, la principal era la esperanza de ser perdonado.

Qui-Gon, por supuesto, ya le había perdonado. No estaba seguro de en qué preciso momento había ocurrido; si cuando había escuchado la voz de Obi-Wan contando la noticia de la muerte de Cerasi, o cuando su antiguo padawan le había recibido con esa expresión de esperanza en la cara. Tal vez había sido algo gradual, pero estaba seguro de que ese sentimiento estaba en su corazón.

Qui-Gon no se consideraba un hombre inflexible. Obi-Wan había tomado una decisión impulsiva en el calor de una determinada situación, y era una elección de la que ya se había arrepentido. Eso formaba parte de su proceso de crecimiento.

La cuestión principal no era que le hubiese perdonado. Qui-Gon había dado ya el siguiente paso. ¿Le permitiría a Obi-Wan volver con él si se lo pedía? Creía que no.

De todas formas, pensó Qui-Gon siendo honesto consigo mismo, ese sentimiento podía cambiar. Ya habían cambiado otros en el pasado, así que era mejor esperar y no decir nada. Obi-Wan tenía que responsabilizarse de las consecuencias de su decisión. Y una de estas consecuencias era la incertidumbre.

El almacén estaba desierto, cerrado por el exterior con un fuerte candado. Qui-Gon lo manipuló con su sable láser y, cuando logró abrirlo, empujó la puerta. Había un chico y una chica sentados y hablando en medio de un espacio vacío. Cuando Qui-Gon entró, ambos miraron hacia arriba sorprendidos. Reconocieron a la chica, que era Deila, pero no al chaval, un muchacho de cara regordeta y redonda.

Deila se puso de pie cuando vio a Obi-Wan. Parecía confundida. Desde que Obi-Wan no era ya su jefe no sabía qué hacer. ¿Tenía que seguir respetándole? Volvió a sentarse en la silla. El chico hizo un ademán para levantarse, pero Deila le lanzó una gélida mirada y él se volvió a sentar rápidamente.

Qui-Gon vio que Obi-Wan enrojecía. Antes, esos dos chicos habían sido sus amigos, pero Nield había trazado una línea de combate y, ahora, eran leales a Nield. Qui-Gon se preguntó hasta cuándo y en qué consistiría esa lealtad. ¿Qué hacían allí, sentados en medio de un enorme almacén vacío? Debían de haber entrado por una ventana. ¿Qué estaban ocultando?

—Hola, Deila —dijo Qui-Gon en un tono amistoso—. Me alegro de que estés bien.

Deila asintió fríamente a Qui-Gon.

—Me sorprende que estés de vuelta en Melida/Daan.

—Ciertas facciones de Melida/Daan han pedido ayuda Jedi —contestó Qui-Gon—. He venido para ayudar.

Deila miró a Obi-Wan.

—Creo que sé quién te ha llamado.

—Quedamos muchos que aún tenemos confianza en alcanzar la paz —dijo Obi-Wan—. Como tú la tenías hace tiempo.

Deila se puso colorada.

—Nuestro último objetivo siempre es la paz. ¿Qué quieres?

—Sólo algunas respuestas —dijo Qui-Gon.

—No tengo nada que decirte.

—Todavía no te he preguntado nada.

—Estamos intentando averiguar cómo consiguieron las armas los Jóvenes y los Mayores —dijo Obi-Wan—. ¿Alguien las robó? Obviamente, el almacén ha sido vaciado. —Se giró hacia el chico—. ¿Tú qué sabes de eso, Joli?

—No digas nada, Joli —dijo Deila cortante—. No tenemos por qué dar explicaciones a un extraño.

Qui-Gon se agachó para acercarse a Deila y la traspasó con su intensa mirada azul. Podía utilizar la Fuerza con la chica, pero era mejor dejar que se guiara por sus propias emociones. Sentía su incomodidad. Todavía respetaba a Obi-Wan. Podía sentirlo también.

—Sabes que Obi-Wan ha luchado mucho por el planeta Melida/Daan —dijo Qui-Gon—. Derribó cada torre deflectante por ti, y para ello corrió un gran riesgo. Él, Nield y Cerasi diseñaron la estrategia con la que ganasteis la guerra. Luchó a tu lado en esa guerra. Después de lograr la paz volvió a arriesgar su vida para lograr el desarme. Puede que sea un extraño, pero también ha jugado un papel fundamental para salvar tu mundo. Y, ahora, quedándose aquí, continúa arriesgando su vida porque piensa que aún puede ayudar. ¿Por qué no le muestras un poco de respeto?

La fiereza de Deila se esfumó bajo la mirada de Qui-Gon, y la joven empezó a refunfuñar.

—No lo sé.

—Cuando alguien no tiene claras las cosas suele llenar su mente con las ideas de otros. ¿Estás segura de que todo lo que dice Nield es verdad?

Deila miró a Joli. Quizás Qui-Gon había tocado una cuestión que ellos habían estado discutiendo. Joli asintió.

—No —murmuró Deila.

—Entonces, si puedes, ¿contestarás a mis preguntas? Con eso ayudarías a preservar la paz en Melida/Daan.

Deila miró a Obi-Wan y se mordió el labio.

—Por supuesto que quiero contribuir a la causa de la paz.

Qui-Gon señaló a Obi-Wan.

—¿Dónde están las armas? —preguntó Obi-Wan.

—Mawat se llevó la mayor parte —dijo Deila—. Según dijo, se las llevaba a un sitio más seguro. No sé adónde.

—¿Se encargó él de dar armas a Nield y a los Jóvenes? —preguntó Obi-Wan.

Qui-Gon vio que Deila miraba a Joli antes de asentir con la cabeza.

—Él nos explicó que se había enterado de que los Mayores tenían armas. Entonces, Nield le dio permiso. ¿Qué podía hacer yo? Nield es el gobernante principal.

Así que Mawat había conseguido lo que quería. Sabía que Obi-Wan se opondría a utilizar las armas, pero, ¿cómo habían conseguido las armas los Mayores?

La cara redonda de Joli estaba roja. Miró nervioso a Deila.

—Creo que deberíamos decírselo —dijo.

—¡Cállate, Joli! —gritó Deila.

—¡No quiero volver a luchar en una guerra! —gritó Joli—. ¡Tú dijiste que tampoco! ¿No estamos escondidos aquí por eso?

—¿Qué quieres decirnos, Joli? —preguntó Qui-Gon.

—Ese día, Mawat dio armas a los Mayores —estalló Joli.

—¿Mawat? —preguntó asombrado Obi-Wan—. Pero, ¿por qué?

—Porque él quería un enfrentamiento —adivinó Qui-Gon—. ¿No es así, Joli?

Joli asintió.

—Si había una batalla, Nield sería el responsable. Mawat quería asegurarse de que habría un enfrentamiento. Él…, incluso colocó francotiradores en los tejados para asegurarse de que empezaban a disparar en caso de que Nield y Wehutti no lo hiciesen. Quería la guerra.

—Y, de esa manera, él podría hacerse con el poder —sugirió Qui-Gon.

—Él cree que Nield es débil —dijo Joli, echándose hacia atrás hasta apoyarse en una pared—. Y ahora está planeando otra batalla.

—¿Hoy? —preguntó Obi-Wan—. ¿Por eso estáis escondidos?

Deila se mordió el labio.

—Ha tratado de reclutarnos, pero nos hemos escondido. No queremos luchar. Especialmente desde que nadie sabe dónde está Nield. Mawat está planeando una acción a gran escala, pero no estamos seguros de cuál es. Actúa por su cuenta. Quiere que yo coloque determinados explosivos. ¡Pero él no puede decidir si empezamos una guerra con los Mayores!

—Creo que tanto Nield como Mawat se han vuelto locos —dijo Joli—. Tenemos paz en nuestro planeta. ¿Por qué no tratamos de conservarla?

—Ésa es una pregunta muy inteligente, Joli —dijo Qui-Gon—. Me encantaría que todos los planetas de la galaxia supieran la respuesta.

***

—Así que uno de los francotiradores mató a Cerasi —dijo Obi-Wan cuando llegaron a la calle. Ahora que sabía esa información, se sentía trastornado—. Ella está muerta por culpa de Mawat. Lo más extraño es que Mawat también quería a Cerasi.

—Lo importante es que Nield no mató a Cerasi —dijo Qui-Gon—. Él necesita saberlo, y también todo lo relacionado con la traición de Mawat. ¿Tienes idea de dónde puede estar Nield?

—Podría decir una docena de sitios —dijo Obi-Wan pensativo—. Los túneles. El parque…

—Pues vamos deprisa —dijo Qui-Gon con el semblante serio—. Nos queda poco tiempo.

Buscó dentro de su capa, agarró el sable láser de Obi-Wan, y se lo ofreció.

—Toma. Tengo la sensación de que vas a necesitarlo.

Obi-Wan agarró con fuerza la empuñadura. Cuando la tocó pudo sentir de nuevo la Fuerza que brotaba a su alrededor.

Se lo colocó en el cinturón, levantó la barbilla y miró directamente a los ojos a Qui-Gon. Por primera vez desde que había llegado no sentía vergüenza.

No le importaba lo que Qui-Gon pensara. Él todavía era un Jedi.

Capítulo 20

Obi-Wan se dirigió al lago Weir, donde Nield había pasado muchos ratos cuando era niño, al edificio del Congreso Unificado y a todos los sitios donde pensaba que podía encontrar al muchacho. De repente, se detuvo y, entonces, supo dónde estaba Nield.

Estaba con Cerasi.

Obi-Wan se apresuró a través de las calles que, extrañamente, tenían un aspecto desértico. ¿Se habrían enterado ya los ciudadanos de Zehava de que una batalla estaba a punto de comenzar? No tenía tiempo para preocuparse por eso.

Obi-Wan llegó a la Sala de la Evidencia. La entrada estaba marcada con disparos láser y con los efectos de los taladradores de piedra. Empujó la puerta y caminó en medio de la oscuridad. Esperó a que sus ojos se acostumbraran a la falta de luz y, después, bajó hacia el pasillo en el que habían colocado la estatua en homenaje a Cerasi.

Nield estaba tendido en el suelo, agarrado a la estatua de Cerasi. A Obi-Wan se le hizo un nudo en la garganta. Toda la ira que había sentido se desvaneció en un momento. Recordó las historias que Cerasi le contaba de la infancia de Nield. Una a una, todas las personas que él había querido habían sido asesinadas; su padre, su madre, sus hermanos y un primo con el que había crecido. Se convirtió en un huérfano sin hogar que no quería ni confiaba en nadie. Hasta que encontró a Cerasi. Si el dolor de Obi-Wan era terrible, el de Nield era aún peor.

En cuanto vio a Obi-Wan se incorporó de un salto.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? —le espetó.

—Tenía que encontrarte —dijo Obi-Wan—. He descubierto algo que debes saber.

—Nada de lo que puedas decir es algo que yo deba saber —contestó impetuosamente Nield.

—Tú no mataste a Cerasi —dijo Obi-Wan rápidamente.

—Tienes razón. ¡Fuiste tú! —Gritó Nield.

—Nield —continuó Obi-Wan con suavidad—, sabes que yo también la echo de menos. Tú y yo éramos amigos. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué me odias tanto?

—¡Porque ella está muerta! —aulló Nield.

De repente, el muchacho se abalanzó hacia Obi-Wan y empezó a golpearlo con los puños cerrados en la cabeza y en los hombros. Nield era fuerte y nervioso, pero Obi-Wan también lo era y, además, estaba mejor entrenado. Le resultó fácil defenderse, ponerse detrás de Nield y sujetarle los brazos a la espalda. Nield trató de soltarse.

—No te retuerzas y no te dolerá —le ordenó Obi-Wan, pero Nield continuó moviéndose para tratar de librarse de él—. Escúchame, Nield. Mawat entregó armas a los Mayores.

Nield se quedó quieto.

—Él buscaba la guerra —continuó Obi-Wan—. Sí el conflicto empieza y los Jóvenes no ganan, te echará la culpa a ti. Sospecho que puede estar conspirando con los Mayores. Él quiere gobernar Melida/Daan y se aliará con quien haga falta para lograrlo.

—Mawat nunca me traicionaría —dijo Nield.

Obi-Wan ignoró el comentario.

—Mawat quería que se produjese un enfrentamiento armado el día que murió Cerasi. Colocó a francotiradores en los tejados. Tenían instrucciones de abrir fuego si tú o Wehutti no lo hacíais. Y ellos dispararon y mataron a Cerasi. No fuiste tú. Ni tampoco Wehutti.

Obi-Wan soltó a Nield, que se volvió y le miró de frente.

—Mawat ha estado presionándome para que nos movilizásemos —dijo Nield de mala gana—. Al principio lo hice, pero después de la muerte de Cerasi… no podía pensar. Apenas podía respirar. Pero me ha ocurrido algo, aquí junto a Cerasi. Me he dado cuenta de lo equivocado que estaba. ¿Cómo podía desear otra guerra? Y ahora veo que Mawat me estaba presionando.

Obi-Wan escuchó sonidos que procedían del exterior del mausoleo e intercambió una mirada de desconcierto con Nield. Las Salas no tenían ventanas, así que ambos corrieron hacia la entrada principal y miraron a través de los agujeros de las paredes.

Mawat y un grupo de Jóvenes de los Basureros estaban fuera, muy ocupados poniendo algo cerca de los muros.

—Están colocando explosivos —adivinó Obi-Wan—. Van a volar la Sala. Es la forma de provocar a los Mayores. Mawat te echará a ti la culpa, Nield. Todos le creerán. Después de todo, fuiste tú el que propusiste la demolición de las Salas de la Evidencia.

—Tenemos que detenerlos —dijo Nield.

Obi-Wan se dio cuenta de que Nield, inconscientemente, había hablado en plural. Sacó su sable láser y lo activó. Cuando estuvo encendido y vio su pálido reflejo azul, Obi-Wan sintió resurgir el coraje en él.

—Juntos les venceremos —dijo.

Nield asintió y fue a coger su espada vibradora.

—Buena suerte —dijo Obi-Wan.

Lentamente, Nield comenzó a sonreír.

—Nosotros no necesitamos suerte.

—Todo el mundo necesita suerte.

—Nosotros no.

Nield puso la mano sobre el hombro de Obi-Wan. Su amistad había resurgido de las cenizas. Había una situación de peligro en el exterior y ellos iban a luchar juntos.

Con sus armas en alto, corrieron hacia el exterior para enfrentarse con Mawat.

Capítulo 21

Qui-Gon esperaba que Obi-Wan hubiese tenido más suerte que él en la búsqueda de Nield. Los túneles estaban vacíos. La mayoría de los Jóvenes ya había encontrado alojamiento en el exterior.

El Maestro Jedi se dirigió a la bóveda donde los Jóvenes habían establecido su cuartel general antes de la guerra. Quizás allí encontrara alguna pista que le indicara dónde localizar a Nield. Se quedó de pie unos momentos en la habitación adyacente, donde Cerasi había dormido con los más pequeños. Nadie había cambiado de sitio sus objetos personales, pero alguien había dejado flores en el lugar donde ella solía dejar su manta cuidadosamente ordenada y su saco de dormir.

Qui-Gon pasó su mano por la manta. Fue conmovedor para él. Cerasi había estado allí la última mañana de su vida.

Notó un pequeño bulto en la manta. Metió su mano entre los pliegues y descubrió un disco con un mensaje en forma de holograma. Qui-Gon insertó el disco en su lector. ¿Habría dejado Cerasi un último mensaje?

Obi-Wan y Nield se lanzaron de lleno al combate. Partían con inferioridad numérica, pero tenían el factor sorpresa a su favor.

Su primer objetivo era evitar que los subordinados de Mawat colocasen los explosivos. Obi-Wan y Nield atacaron con todas sus fuerzas. El sable láser encajaba perfectamente en la mano de Obi-Wan. Lo movía con agilidad y en perfecto equilibrio. Nield atacaba con su espada vibradora, destrozando las cajas de instrumental y reduciéndolas a cenizas. Los Jóvenes de los Basureros abandonaron el material y salieron corriendo.

Obi-Wan y Nield los siguieron y lograron hacerles retroceder hasta el lugar donde Mawat estaba organizando al resto de sus fuerzas. Los dos jóvenes utilizaron la fuente para cubrirse. Su curvado muro de piedra les servía de escudo contra los disparos. Pero no resistirían en esa situación mucho tiempo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Nield a Obi-Wan. Después agachó la cabeza y un disparo láser alcanzó el muro de piedra de la fuente e hizo saltar por los aires pequeños guijarros—. No tengo un arma de fuego, sólo mi espada vibradora.

Obi-Wan asomó la cabeza y, después, volvió a agacharse rápidamente.

—Somos inferiores en número, eso es seguro. Y seguramente Mawat habrá pedido refuerzos.

—Bueno, al menos Mawat no ha volado el mausoleo —dijo Nield con voz preocupada.

—Nos inventaremos algo —contestó Obi-Wan.

En el fondo, no se sentía nada seguro. Obi-Wan deseó que apareciese Qui-Gon. Juntos podrían hacer frente a las fuerzas de Mawat. Con un solo sable láser no podía luchar y, al mismo tiempo, proteger a Nield.

De repente, se oyeron disparos láser a sus espaldas. Obi-Wan y Nield se volvieron sorprendidos. Deila, Joli y Roenni se dirigían hacia ellos a la vez que disparaban.

—Pensamos que quizá necesitaríais ayuda —dijo Deila, colocándose a su lado detrás de la pared de piedra—. Roenni ha reclutado a más gente. Van a atacar a los hombres de Mawat por el otro lado.

Nada más terminar de hablar, Deila vio que la mayoría de los Jóvenes se dirigían a la plaza y rodeaban a Mawat. Ahora, al menos, las dos partes estaban igualadas.

—¡Vamos! —gritó Obi-Wan.

Salieron de detrás de la fuente y corrieron hacia la batalla. Los disparos láser caían a su alrededor, pero Obi-Wan los iba rechazando con su sable láser. Con un sentimiento de honda gratitud, Obi-Wan sintió cómo la Fuerza entraba en él y le guiaba. Se movía sin tener que pensarlo, adivinando de dónde vendría el próximo disparo.

Mawat silbó y, de repente, un escuadrón de los Jóvenes de los Basureros apareció por una esquina y se unió a la lucha. Balanceando el sable láser de un lado a otro, Obi-Wan intentaba llegar a Mawat. Si era capaz de capturarle, quizá la batalla terminaría.

Un miembro de los Jóvenes de los Basureros enfiló a Nield con su arma, pero Obi-Wan reaccionó y le golpeó con el sable en la muñeca. El impacto le produjo una quemadura que hizo que el chaval gritara y cayera de rodillas con la cara pálida del dolor.

Nield y Obi-Wan intercambiaron una mirada de preocupación. Esto era el último error, lo que nunca debería haber pasado. Los Jóvenes estaban luchando entre ellos. Y lo estaban haciendo justo en el lugar donde había muerto Cerasi.

De repente, como si la hubiesen convocado, la voz de Cerasi resonó en el aire.

—Ahora que la guerra ha terminado, he tomado una decisión —dijo con voz fuerte y clara—. No volveré a utilizar un arma. No volveré a luchar en nombre de la paz. Pero puede que hoy muera por eso.

Todos se quedaron paralizados. Obi-Wan sintió que el corazón le golpeaba con fuerza en el pecho y miró a su alrededor. Vio a Qui-Gon, que estaba de pie al lado de la pared de la fuente. El Jedi llevaba un amplificador de sonido. Los Jóvenes lo habían utilizado en algunas batallas durante la guerra para confundir a los Mayores y hacerles pensar que tenían más armas de las que en realidad estaban utilizando.

El holograma de Cerasi apareció en la fuente. Obi-Wan escuchó susurros a su alrededor. Miró las caras y vio que todas reflejaban sorpresa y tristeza.

Cerasi había tenido contacto con muchos de ellos y les había llegado al corazón. Los Jóvenes habían luchado a su lado, habían sufrido derrotas, habían conseguido victorias y habían sido inspirados por ella. Ahora, ella podía detenerlos para que la escucharan.

—Hacedme un favor, amigos. No construyáis ningún monumento en mi honor, pero tampoco destruyáis ninguno. La historia no está de nuestra parte, pero eso no significa que debamos aniquilarla. No dejéis que nuestro sueño de paz desaparezca. Trabajad para conseguirlo, pero no matéis por él. Ya luchamos en una guerra para conseguir la paz y siempre dijimos que una guerra era ya más que suficiente.

Cerasi esbozó la sonrisa coqueta que Obi-Wan recordaba tan bien.

—No lloréis mucho tiempo por mí. Después de todo, yo sólo quería la paz —se encogió de hombros—. Miradlo de esta manera. Ahora he obtenido la paz eterna.

La imagen de Cerasi desapareció. La plaza no había gozado de su presencia mucho tiempo, pero el eco de su voz, lleno de amor y de razón, permanecía.

Nield bajó el arma y Obi-Wan desactivó su sable láser. Ambos miraron a Mawat, que les respondió con una mirada amenazadora.

Uno a uno, todos los Jóvenes de la plaza bajaron las armas y se volvieron hacia Mawat.

El gesto desafiante desapareció de su cara y Mawat bajó su arma.

La última batalla de Zehava había terminado.

Capítulo 22

Gracias a la hábil negociación de Qui-Gon y al poder de Nield y Wehutti, se alcanzó un sólido acuerdo de paz en Melida/Daan. Nield accedió a compartir el poder con los Mayores Melida y Daan. La ciudad no volvería a estar dividida ni por tribus ni por edades.

Mawat regresó al campo con algunos de sus seguidores. Había visto cómo se le escapaba a Nield el control de la ciudad y había pensado que él sería capaz de convertirse en el salvador de Melida/Daan. Se había equivocado y así lo admitió ante Nield y los Jóvenes. Las palabras de Cerasi habían llegado también a su corazón.

—Quizás encuentre la manera de perdonarse a sí mismo en el campo —le dijo Nield a Obi-Wan.

Era el día de la partida de Obi-Wan y ambos estaban de pie frente a la fuente. Obi-Wan había decidido volver al Templo. Tenía que preguntar al Consejo si podía volver a ser un Jedi. Qui-Gon había accedido a acompañarle.

Nield abrazó a Obi-Wan por los hombros.

—Te hice pasar un mal rato, amigo mío. Fue estupendo encontrar el perdón en tu corazón.

—El dolor puede sacar lo peor de cada uno de nosotros —dijo Obi-Wan.

Nield miró pensativo hacia la fuente.

—Ahora soy consciente de lo cerca que estuve de volver a conducir mi mundo a la misma batalla sangrienta que tanto he odiado. La verdad, Obi-Wan, es que tuve miedo.

Obi-Wan se echó hacia atrás para mirarle mejor.

—¿Tú? ¿Miedo?

—Me sentía solo —confesó Nield—. Tenía un trabajo que me venía grande. Necesitaba que me guiaran y no tenía a nadie que lo hiciese. Tenía la sensación de que ni los Mayores ni los de la Generación de Mediana Edad podían aconsejarme bien. Pero he descubierto que no es verdad. Sólo escuchaba las voces que gritaban más. Ahora he descubierto que hay otros que sí comparten nuestra idea de paz para Melida/Daan.

—Has creado un mundo nuevo —le dijo Obi-Wan.

—Nosotros lo creamos —corrigió Nield—. Sólo hay algo que me entristece.

Obi-Wan terminó la frase:

—Que Cerasi no esté aquí para verlo.

Más tarde, Obi-Wan, apesadumbrado, se dirigía junto a Qui-Gon hacia el transporte. Le hubiese gustado romper el silencio. ¿Por qué le resultaba ahora tan incómodo? Ese silencio estaba lleno de sentimientos, supuso. Sentimientos que no podía compartir.

Tenía que hablar. Tenía que hacer la pregunta que le iba a llegar al corazón. Aunque tenía miedo de escuchar la respuesta, era mejor que la incertidumbre.

—Qui-Gon, ¿me llevarás otra vez contigo?

Las palabras flotaron en el aire helado. Qui-Gon no respondió, pero siguió andando.

—Ahora sé que nací para ser un Jedi —añadió Obi-Wan—. No volveré a dudarlo nunca.

—Yo también sé que has nacido para ser un Jedi —respondió Qui-Gon con cuidado—. Lo que no tengo tan claro es que hayas nacido para ser mi padawan.

Obi-Wan recibió el golpe en el corazón. Sabía que no lograría nada discutiendo con Qui-Gon o tratando de convencerle. La desolación le invadió. Para él no bastaba con ser un Jedi, tenía que ser el padawan de Qui-Gon. No porque le hubiese fallado una vez y su orgullo le pidiese una segunda oportunidad, sino porque en lo más hondo de su corazón sentía que era lo mejor.

Y, sin embargo, Qui-Gon no compartía esa opinión. Bueno, de momento le bastaba con ser de nuevo un Jedi.

De repente, el comunicador de Qui-Gon emitió una señal. El Maestro Jedi miró el mensaje, palideció y sus pasos vacilaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Obi-Wan.

—Un mensaje urgente del Templo —dijo Qui-Gon consternado—. Estamos en grave peligro. El Templo está en máxima alerta. ¡Han intentado matar a Yoda!